

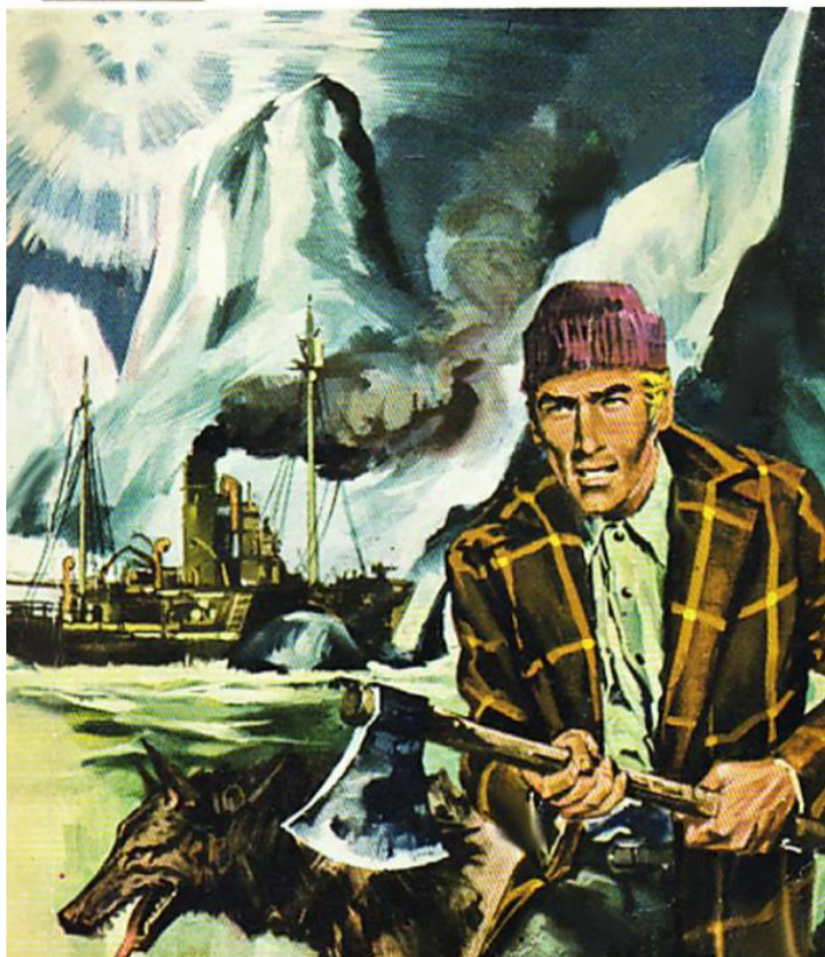
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

último asalto

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

ULTIMO ASALTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 508

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 44.322 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: enero, 1972

© PETER DEBRY, 1972
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.114. — Fugitivos en la jungla.

En Colección BÚFALO:

950. — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

795. — Trinca de rufianes.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

716. — La forajida y el trampero.

En Colección PUNTO ROJO:

485. — Cazador de trenzas.

En Colección ASES DEL OESTE:

650. — Fanfarrones sanguinarios.

En Colección KANSAS:

704. — Paraíso de forajidos.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

3. — La piel del cazador.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

CAPÍTULO PRIMERO

Todos los sábados por la noche, en la ciudad de Detroit, se llenaba la sala *BoxCatch*, donde a las nueve empezaban los combates mixtos.

En el *ring* se alternaban boxeadores y luchadores, elegidos no por su calidad de científicos, sino por su fama de rudos y batalladores.

El viernes anterior a la velada, el periodista Igor Derval había escrito un artículo, comentando las trampas de la lucha libre y satirizando al público de las primeras filas del *ring*.

Al día siguiente, telefónicamente, Derval había sido invitado a lucir su acre humorismo en otras especialidades que no tuvieran nada que ver con el *BoxCatch*, si es que quería continuar viviendo en Detroit.

El artículo era lapidario. Su titular afirmaba:

«EN EL *BOXCATCH* PALPITAN PRIMITIVAMENTE LOS
MÁS DELICADOS ROSTROS DE NUESTRA
ARISTOCRACIA»

«El deporte del “agarra como puedas”, tiene un doble sentido. Define, primero, a los trogloditas con calzón corto de mil colores que se agarran como pueden, o como les han ordenado, entre cuerdas, y bajo el blanco acero de los focos.

»La máxima es sencilla: Aplasta, apisona, rompe, mastica, descuartiza, noquea, mata, y la dulce victoria es tuya, compañero.

»Después, el agarra como puedas define a los organizadores, que son los amos del arte de agarrar el contenido de los bolsillos de los espectadores.

»Saben combinar los combates, de forma que el público, alternativamente, ría, grite, aülle, patee y sude.

»En el *ring* suben los comediantes de turno. El elegante y apuesto luchador de la capa de seda, el “bueno”, y el feroz achaparrado y vulgar, el «villano», el inmundo bruto, maligno y traidor.

»Pero el espectáculo no está en el *ring*. Está en la sala. ¡Qué gran filme se hubiese podido rodar, con todos aquellos rostros tensos, congestionados, crispados, iluminados por luz interior de selva! ¿Ellos? No, no... Ellas.

»Las exquisitas, las suaves *Evas*, daban taconazos, mordían sus pañuelos, y emitían chillidos de gatas, sometidas a cosquillas deliciosamente torturantes. Deduje que la mujer, merecedora de tal calificativo, va una vez y no vuelve. Si va, aparta la mirada, asustada y con repulsión.

»Tuve por vecina a una mujer de verdad, que suplicaba continuamente a su marido que se fueran. Pero el marido reía, contestando: “No seas niña. Todo esto es comedia... ¡Duro, *Flash*, rómpele el espinazo! ¡Mátalo al muy cerdo!”. Pues, sí, niña... Antes de subir al *ring*, el empresario les distribuye los papeles: Tú, *Flash*, serás el vengador; tú, Jerry, el repugnante traidor... ¡Dale duro, *Flash*, acaba con él!

»Una elegantísima jamona se olvidó de su capa de armiño para saltar en pie, chillando, entusiasmada: “¡*Flash*, guapo, revienta a este gorila de las cavernas!”. A Jerry Palmer le toca siempre ser el gorila de las cavernas.

»A la salida, terminado el espectáculo, la cinta eléctrica del cercano periódico destellaba en lo alto de la fachada, afirmando que los norteamericanos estamos muy decididos a defender hasta el final la cultura y la civilización».

El viernes siguiente, Igor Derval recibió una visita.
El luchador Jerry Palmer, el gorila de las cavernas.

Ancho, no muy alto, de rostro siniestro, Palmer disfrutaba de fama de traicionero, agresivo y malas pulgas.

Apenas el escritor le abrió la puerta, Palmer apoyó en el pecho de su visitado un índice grueso y tenso, empujándole hacia el interior y cerrando la puerta de un taconazo.

—Usted es el tío listo, ¿eh? —Gruñó ferozmente—. Usted es el listo Igor Derval, ¿no?

—Hola, Palmer. Recuerde que represento el poder de la Prensa, y, si me manda al hospital, habrá terminado su carrera de hombre malo.

—Oído al parche, plumífero. Me envía el empresario para rogarle que se deje de bobadas peligrosas, y que no escriba más artículos sobre nosotros. Si hay chanchullo o no, ¿a usted qué mil cáscaras le importa?

—La lucha es libre, y el miedo también. O sea, que puede afirmarle al empresario que ya no escribiré ni una sílaba sobre las acrobacias de todo género que se exhiben en el *BoxCatch*.

Palmer echó sobre la mesa un sobre voluminoso, que sacó del bolsillo interior de su llamativa chaqueta a cuadros.

—Ahí van cinco de los grandes en billetes chicos, periodista, y en su artículo de mañana noche dirá que nos pegamos de verdad, sin trampa ni cartón. Yo vuelvo a pelear en combate de desquite con *Flash* Barker. ¿De acuerdo?

—Hombre, yo vivo de la máquina de escribir. Tanto me da escribir novelas de amor lacrimógeno, como propaganda farmacéutica en poesía. Por cinco mil, puede estar seguro de que mi artículo de mañana le despepitará de satisfacción.

Pero Jerry Palmer no leería el artículo de Igor Derval porque en la noche del sábado iba a realizar su último combate, su último asalto.

El empresario y director de la *troupe*, formada por boxeadores y luchadores, reunió en el gimnasio de la sala a sus asalariados:

—Esta noche hemos de poner la cosa al rojo vivo, muchachos. Tiene que ir la cosa de veras. Que el público se dé perfecta cuenta de que os zurráis de verdad.

A cada pareja de próximos adversarios, les dictó sus instrucciones. Quedó, por fin, sólo con *Flash* Barker, el Adonis de la capa, y con Jerry Palmer, el hombre de las cavernas.

—Vosotros seréis los del último combate. Tú has ganado dos veces, *Flash*, y tú has obtenido un nulo, Jerry. Esta noche, que gane el que más pueda, pero el combate ha de llegar al último asalto. Os digo lo mismo que a los otros. El que pase una temporada en la clínica, recibirá paga doble. Y si hay lesión seria, cobraréis el seguro, más una buena prima.

En el vestuario, mientras se desarrollaba el penúltimo combate de la velada, Barker miró, receloso, a Palmer que, sentado, se ajustaba los cordones de las zapatillas flexibles.

—Oye, Jerry, ¿qué plan llevas?

—Darme gusto —refunfuñó Palmer.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo.

—Vaya, está claro... Quieres zumbarme fuerte, para desquitarte.

—¿No eres tú el chulo guapo? ¿No eres el que hace reír a la gente, cuando me agarras el cuello con las rodillas y me haces chocar el cráneo contra la tarima? Pues bien, chulo guapo, esta noche veremos si de verdad puedes ganarme.

—Mira que a lo mejor te rompo algún hueso, Jerry.

—Procura hacerlo pronto, porque yo pienso deshacerte el perfil.

El público acogió con grandes aplausos al apolíneo Barker, y silbó enfurecido cuando Palmer, en su rincón, sin saludar, se quitó el batín.

El árbitro no podía prever, mientras recitaba las advertencias rutinarias, que iba a ser el asustado mediador en una lucha a muerte.

Sonó el gong, y cada luchador, al soltar las cuerdas, dio una rápida media vuelta, enfrentándose.

Con las manos engarfiadas y la cabeza baja, Palmer personificaba la fuerza bruta.

Flash Barker era la agilidad atlética, elegante y simpática. Giró felinamente en rededor de su adversario, haciéndolo sobre la punta de los pies.

Muchos suspiros estremecían bustos femeninos.

Chocaron los dos pechos masculinos en el *ring*. Palmer consiguió aferrar por el cuello a su contrincante.

El árbitro pegó grandes palmadas en el hombro de Palmer, y le costó mucho trabajo a Barker desasirse de la presa.

Subió el locutor que, con gesto teatral, señaló en su rincón a Palmer.

—¡Primera amonestación pública al luchador Jerry Palmer!

Una lluvia de cacahuetes acribilló el *ring* por la esquina de Palmer. Se reanudó la lucha.

Al terminar el cuarto asalto, Palmer y Barker habían sido amonestados dos veces cada uno. Salvo pena de ser descalificados, debían ahora luchar limpiamente.

Flash Barker ostentaba una ceja abierta, una brecha en la nariz y un claro mordisco tatuado en el muslo.

Jerry Palmer lucía una oreja medio despegada, los labios agrietados, y su cuidador, mientras le contenía la hemorragia nasal con un coagulador, le soplabá al oído:

—No seas bestia, Jerry. Os vais a matar. Ya está bien... Dice el jefe que os toméis con calma este último asalto.

Sonó el gong, y la voz del locutor se hizo engolada, anunciando:

—¡Quinto y último asalto!

La costumbre exigía que, en el último asalto, los luchadores se diesén la mano. Tendió Palmer la suya.

Y Barker, irritado, cometió la imprudencia fatal. Miró la mano tendida, escupió, despreciativo, y dijo con voz muy alta:

—¡No doy la mano a un sucio gorila!

Rieron los espectadores de primeras filas, como si se tratase de un chiste muy ingenioso.

Palmer reculó como un toro que ve ondear una muleta roja.

Saltó, embistiendo, y su cabeza chocó contra el pecho de Barker, que cayó, algo mareado. Y entonces, por espacio de unos segundos, Palmer se convirtió en una fiera furiosa.

Sus ojos bizquearon, estrábicos, y, montado encima de Barker, empezó a martillearle flancos, cara y cuello a manotazos.

Barker levantó una rodilla, consiguiendo zafarse de la presa. En pie, ambos volvieron a acometerse, prodigando todos los recursos en que eran maestros.

El público, en pie, chillaba, excitado. El árbitro, cada vez que trataba de intervenir, era expulsado contra las cuerdas.

De pronto, Barker quiso gritar, pero sólo un estertor brotó de su garganta.

Se inclinó hacia atrás, cayendo pesadamente cuando Palmer

abrió las manos y le soltó el cuello, dejando de apretarle con la rodilla contra el pecho.

Siguió un absoluto silencio, mientras el árbitro, pálido, empezaba a contar inclinado sobre el cuerpo inmóvil del luchador Barker.

Desde la primera fila, un hombre gritó:

—¡Soy médico! ¡Barker está muerto! ¡Estrangulado y rota la columna vertebral!

El árbitro, de rodillas, aplicó el oído sobre el pecho de Barker.

Lentamente, muy lívido, miró fijamente a Jerry Palmer.

—¡Linchadlo! —gritó un espectador.

En aquel silencio circundante, comprendió, de pronto, Jerry Palmer que iba a ser despedazado por una multitud encolerizada.

Dio un salto, y cayó fuera del cuadrilátero.

Empuñando una silla, fue agitándola por encima de su cabeza, en giros amenazadores.

Prudentemente, el miedo venció al furor popular, aunque los más apartados seguían vociferando:

—¡A él! ¡Linchadlo!

Pero ya Palmer había llegado a la puerta de salida del público, derribando, en su impetuoso avance, a un policía uniformado.

Echó a correr desesperadamente, porque, como un alud humano, como una ola de encrespada masa, el público se abalanzaba a la calle, en pos del luchador fugitivo.

Palmer dirigióse rectamente a un coche, cuyo chófer le miró, atónito, antes de recibir el puñetazo que le desvaneció.

Al volante, Jerry Palmer, antiguo mecánico de la Ford, contempló el marcador de millas, mientras el «Pontiac», a todo gas, devoraba asfalto, en veloz huida.

CAPÍTULO II

Iba vestido únicamente con su calzón de luchador.

Quería llegar cuanto antes a Port Huron, al borde del gran lago, desde donde pasaría a Canadá.

Tenía la vaga idea de que hizo pedazos una silla sobre el cráneo de un espectador. Y con la muerte de Barker, otro asesinato más... Tenía que huir.

Por el parabrisas lateral penetraba un aire cortante, que iba despejando su cerebro. Conducía nerviosamente, agarrotadas las manos.

Trataba de imaginar el medio más eficaz de poder pasar a Canadá, sin ser apresado.

Estaba ya enfilando la recta que conducía a la ciudad de Port Huron, cuando, súbitamente, recordó la oferta que meses antes le había hecho César Gardini.

El exluchador, convertido en traficante sospechoso, según algunos, y en miembro de la Mafia, según otros.

Oía las palabras de Gardini como si estuviera ahora a su lado:

—Eres poco ambicioso, Jerry, y así siempre serás un desgraciado, deslomándote para ir comiendo. A tipos decididos les puedo yo dar una gran ocasión de ganar mucho con poco riesgo, que para eso tengo yo lo que hace falta. Inteligencia.

—Pues empléala para que no te enjaulen apenas te funcione la inteligencia —había replicado Palmer, ceñudo.

Riendo, comentó Gardini:

—Por si acaso, recuérdalo, Jerry, antes que te atonten los trompazos. Siempre encontrarás un amigo seguro, en cualquier hora del día. Bastará que te llegues al parador llamado *Tiptoe*, en Port Huron.

Pensó Palmer que allí estaba su salvación.

César Gardini le proporcionaría los medios de ponerse a salvo,

en Canadá.

Pero no podía entrar en el parador, vestido solamente con su calzón, ni tampoco atravesar la ciudad, ataviado de aquella manera.

Sus manos se crisparon con más fuerza alrededor del volante, al divisar, a unos dos escasos kilómetros de Port Huron, un coche en la cuneta, con las luces apagadas.

Una pareja amartelada, dedicándose al idilio nocturno.

Jerry Palmer frenó en seco, junto al coche parado.

La entusiasmada pareja salió bruscamente de su éxtasis, cuando la velluda diestra del luchador, entrando por la ventanilla, asió del cuello al elegante desconocido, sacándole fuera del coche.

Palmer masculló torvamente:

—¡Dile a tu Julieta que no chille, o te hago trizas a ti, Romeo!

Pero Julieta se había desmayado, ante la repentina aparición de aquel individuo, sangrante de rostro y pecho.

Le había parecido un troglodita de las cavernas, recién caído de un cocotero.

Zarandeando al asaltado, exigió Palmer:

—¡Tus pantalones, tu abrigo y tus zapatos! ¡Pronto, o te...!

El elegante desconocido se despojó apresuradamente del abrigo y los pantalones. Era alto, y tenía los pies anchos y planos.

Cuando, agachado, se sacaba sudoroso el segundo zapato, recibió en la nuca un golpe seco, dado con el borde de la mano.

Palmer le ató de codos, enlazándolos a los de la desmayada, quedando los dos en el interior del coche.

Ya vestido, Palmer condujo el coche desde un lado, quitándole los frenos, hasta el próximo bosque.

Los ojos del desconocido expresaban todo su pánico.

Alzadas las solapas del abrigo que cubrían su desnudo torso, rezongó Palmer:

—Será mejor para tu salud que te quedes tranquilamente aquí dentro, calentito y esperando el amanecer. Si te asomas antes, y te topo, te desnucó.

Se alejó para instalarse tras el volante del «Pontiac», que puso en marcha para detenerlo cuando se divisaba la primera casa de Port Huron. Dejó el coche entre la tupida arboleda.

A pie, fue deambulando por las calles exteriores hasta que avistó el cartel luminoso, cuyo neón anunciaba: «Tiptoe».

Iba a entrar, cuando recordó su cara tumefacta, que podría llamar la atención. Pero necesitaba verse cuanto antes con César Gardini.

Dio un rodeo, caminando por el cuidado parque iluminado a trechos por las luces que brotaban por las ventanas de los varios pisos.

¿En qué habitación estaría César Gardini?

Retrocedió para ampararse en la oscuridad. Lo mejor sería telefonar desde alguna cabina callejera. Sí, eso es lo que debía hacer.

Súbitamente, sus puños se cerraron dentro de los bolsillos del abrigo robado. Quedó como atacado de parálisis.

Porque junto a su sien, algo frío, redondo y duro se apoyaba, y una voz tenue, pero enérgica, ordenaba:

—Quieto o te abraso.

El que empuñaba la pistola no era visible en la oscuridad, pero Palmer no movió un solo músculo.

Pensaba febrilmente en la forma de deshacerse de aquel peligro.

Era también mala suerte que la policía hubiese dado tan pronto con su rastro.

Lo mejor era entregarse porque a su otro flanco, otra sombra, provista también de automática, que le hundía en el hígado, conminaba:

—No te muevas, grandullón. ¿A quién buscabas?

Pensó Palmer que, ya perdido, lo mejor era decir la verdad.

Contestó, ceñudo:

—Vine a buscar a César Gardini.

—Vaya... Al menos, es un tipo sincero —dijo una de las sombras.

La otra dejaba oír una risita sarcástica.

Y a la vez que reía, la sombra alzó el puño armado.

La culata chocó contra el maxilar de Palmer, repitiendo dos veces el golpe antes de que el luchador cayese sin sentido.

Cuando lo recobró, el cerebro entumecido de Jerry Palmer le hizo creerse en el *ring*.

Se arrodilló, apoyadas las dos manos en el suelo, tratando de percibir la voz del árbitro contando los segundos.

Oyó una voz melosa, agradable, que decía, riendo:

—Hola, Jerry... Vamos, despéjate el seso. Traga este buche de *coñac* de primera, que te dejará nuevo.

El que hablaba, alto, de cabellos y ojos negros, sonrisa resplandeciente, vestía muy elegante.

César Gardini repitió:

—Despéjate el seso, Jerry.

Sacudiendo la cabeza, Palmer se puso en pie, palpándose la mandíbula dolorida.

Miró en rededor. Un saloncito rústico, típicamente amueblado al estilo de las casas campestres.

Vio, por fin, a Gardini, y sonrió, aliviado, tendiendo la mano, en la que colocó Gardini un vaso repleto de *coñac*.

—Bebe, Jerry, y siéntate. Sí, ya sé, ya sé... Quieres enterarte de lo que te pasó. Mira, chico, escogiste un mal momento para visitarme. Precisamente esta noche tenía yo un compromiso, y puse centinelas.

Bebía Palmer ansiosamente.

—Mis dos guardianes te vieron rondar cautelosamente por detrás del parador, precisamente bajo las ventanas de mis habitaciones, y, cuando tú les dijiste que me buscabas, te tomaron por un policía y te atizaron.

Dejó Palmer el vaso medio vacío sobre una mesita.

—Te trajeron a esta cabaña, que es de mi propiedad, y me llamaron por teléfono. He venido, y tenemos aún quince minutos para charlar. ¿Qué te ha pasado, Jerry?

Sombríamente, gruñó Palmer:

—Me he cargado a *Flash* Barker, luchando. La gente quiso lincharme, y tuve que abrirme paso a silletazo limpio. Cogí un coche y vine a verte.

—¡Maldita sea, hombre! ¿No pudiste escoger otra noche para venir a visitarme?

Los negros ojos de Gardini tenían destellos coléricos, mirando al atribulado luchador, añadió:

—Precisamente, esta noche en que tengo un gran asunto pendiente...

Se animó, de pronto, comentando:

—Tú lo que quieres es ir a Canadá, sin pasar por el puesto de guardia, ¿no es así, Jerry?

—Eso es, eso es —resolló Palmer, afanosamente—. Tengo que huir, como sea.

—Bien. Vete a aquel rincón, báñate la cara, date pomada coloidal para cerrar los cortes de tu cara, y hablaremos. Yo te dejaré sano y salvo en Canadá, proporcionándote la manera de ganarte diez dólares al día, pero a cambio de que esta noche conduzcas un coche en el que iré yo.

—Lo que quieras, Gardini, lo que quieras, con tal de que no me metan en la cárcel. No lo resistiría. ¿Dónde vamos a ir?

—A visitar un manicomio.

—¿Eh, cómo?

—Tengo que rescatar a un amigo mío, que está allí, preso. Un tal Mark Norton.

CAPÍTULO III

En el sanatorio de enfermos mentales, instalado en las afueras de Detroit, existía una galería destinada a los dementes furiosos.

Los alojaban a solas en celdas acolchadas, y, aparte las visitas médicas, eran atendidos tres veces al día por una pareja de expertos y atléticos enfermeros.

Hacía ya un año que el asesino multimillonario, Mark Norton, estaba alojado en una celda de la galería de furiosos, y ni una sola vez había intentado agredir a sus visitantes.

Era un hombre guapo, de claros ojos, perfil de estatua griega, y modales precisos.

Cada mes recibía una visita extraordinaria. Un policía y un psiquiatra del Departamento de Seguridad Internacional.

El agente de policía cambiaba cada mes. No así el psiquiatra, que aproximadamente venía a decir lo mismo, en cada interrogatorio:

—Buenos días, Norton. Ha transcurrido un mes desde que le visité. Veremos si esta vez llegamos a un acuerdo.

Mark Norton miraba al policía y al médico con expresión concentrada, como si intentase preguntarse mentalmente quiénes eran los visitantes.

—Reconstruiré los hechos, Norton. Ocurrió en el club nocturno *Adolfi*, donde su esposa estaba cenando con dos amigas suyas. Usted, hasta entonces, manifestaba una sincera adoración conyugal. ¿Me presta atención a lo que le digo, Norton?

—Le escucho atentamente. Pero mi tiempo es escaso.

—¿Qué otra cosa le espera?

—Una sola, que no quiero que nadie me quite.

—¿Cuál es?

—Mi derecho a la soledad.

—Escuche, Norton... Usted está recluido en un sanatorio mental.

Lo sabe. No pretenda engañarse ni engañarme.

—Nada pretendo, salvo permanecer en mi armoniosa soledad.

—¡Usted es un asesino, Norton!

—No se excite, buen hombre. La verdad de cada cual: asesino o juez, loco o sensato, es muy relativa. Para usted yo soy un asesino. Para mí, no.

—El estudio de los hechos no deja lugar a la menor duda. Usted entró en la sala *Adolfi* y dio una espléndida propina al maestresala para que le indicase la mesa ocupada por su esposa, sin avisarle de su llegada. ¿Fue así?

—Exacto.

—Al dirigirse hacia la mesa, usted encontró a un abogado amigo suyo, que quiso hablarle de un asunto importante. Usted le replicó...

—Le repliqué que era una cuestión de minutos, y que volvería con muchas cosas importantes para conversar largo tiempo.

—Lo cual suponía premeditación en el hecho. Llegó junto a la mesa, y su esposa, sonriente, le saludó. Usted sacó una pistola y disparó. Al primer balazo, ella cayó, rota la frente. ¿Lo recuerda?

Mark Norton cerraba los ojos siempre, al llegar a este punto.

El médico dejaba que la pausa de silencio permitiera evocar lo que siguió.

La gente se precipitó hacia la salida, menos dos concurrentes, algo embriagados, que se abalanzaron sobre el agresor.

Pero el abogado amigo de Norton se interponía, y la inmediata llegada de varios policías, dominó la situación.

Sólo tres personas defendieron a Norton, alegando un arrebató de locura, fundando su acto en sospechas carentes de base.

El fiscal demostró claramente que la esposa de Norton era irreproachable por todos los conceptos.

El defensor alegó que Norton amaba a su esposa «con locura», y que imaginó ser víctima de escarnio.

El médico legista demostró que Norton poseía una esquizofrenia especial de afán de mando, dominio y posesión absoluta.

Prevaleció la opinión de que Norton debía ser electrocutado, porque había cometido algo infrahumano y sin perdón.

Estrangular en la cuna a su hijo menor de un año, antes de encaminarse hacia el local *Adolfi*.

Como dijo un periodista, tuvo Norton la suerte de que los expertos, llamados a declarar por el defensor, eran psiquiatras fanáticos.

Sinceros tecnócratas, cuyo sueño dorado era encerrar a toda la humanidad en manicomios, no dejando libres más que a ellos mismos y a los enfermeros.

El tribunal prefirió aceptar la opinión de los técnicos, demostrando que un crimen tan odioso solamente podía cometerlo un loco.

Y así se salvó Norton de pasar a la silla eléctrica.

En cada visita, el médico del D.I.S. insistía:

—Usted no está loco, ni mucho menos, Norton.

—Yo nunca pretendí estarlo. Fueron ustedes.

—Entonces, ¿admite que no está loco?

—Lo estaría, si negase estarlo. Todos tenemos una brizna demencial más o menos latente. Pero si razono es que domino mi brizna.

—¿Por qué mató, entonces, a su esposa y a su hijo?

—Me absorbían demasiado tiempo, impidiéndome, con el cariño que me inspiraban, dedicarme de lleno a mis actividades.

—¿Qué clase de actividades?

—Mis negocios.

—¿Puede explicar cómo es que, siendo multimillonario, al ser detenido, no hallaron en sus depósitos bancarios más que cantidades irrisorias? ¿Por qué había vendido usted sus propiedades?

—Era muy libre de disponer de mi fortuna.

—¿Dónde escondió sus millones?

—Los quemé.

—No eran billetes, sino monedas y oro en lingotes.

—También el oro se funde, a elevada temperatura.

—Suponiendo que me lo crea, ¿para qué quemó ocho millones de dólares en oro?

—Para quedarme sin nada y poder volver a empezar.

El psiquiatra abandonaba el sanatorio, confusa su mente.

¿Era, realmente, un demente Mark Norton?

Todo esto lo explicó Gardini a Palmer, en el coche que avanzaba por la carretera hacia Detroit.

Atrás iba uno de los guardaespaldas que había sorprendido al luchador en el parque del parador.

Iba embadurnándose el rostro, con rayas rojizas, simulando arañazos.

—Como ves, Jerry, el asunto será fácil, y lo tengo todo preparado para que pasemos sin dificultad a Canadá. La celda ocupada por Norton es la tercera a mano derecha de la galería de furiosos. No puede fallar, si cada uno de nosotros hace lo convenido.

Eran las dos de la madrugada cuando el enfermero de guardia acudió al timbrazo.

Jerry Palmer llevaba cogido del brazo, por el codo, en llave especial, al que simulaba estar arañado, y que se debatía ferozmente.

Gardini, que le sujetaba por el otro, dijo rápidamente:

—Soy el doctor Gardner. Apresúrese... Este cliente mío ha sufrido un ataque de *delirium tremens*. Me acompaña mi ayudante.

El enfermero llamó a los dos que estaban de turno en la galería de furiosos.

Abrieron los rastrillos de la galería, y, cuando ya estaban en el interior, suavemente iluminado, los dos luchadores, Gardini y Palmer, entraron en acción.

Fue una lucha rápida porque cogieron de sorpresa a los tres enfermeros.

Los amordazaron y maniataron sólidamente, juntándoles casi los tacones a la espalda, con las muñecas.

Mientras, el guardaespaldas corrió a la tercera celda, la abrió, y, mostrando su automática, conminó:

—¡Vamos, Norton! Hemos venido a ponerte en libertad.

Mark Norton se levantó, despojándose del pijama. Miró el traje y la ropa que tiraba Gardini sobre la cama.

Fue vistiéndose lentamente, y declaró:

—No creo tener el honor de conocerles, señores.

—Tendremos tiempo de sobra después, Norton, Dese prisa.

Asintió el multimillonario, y, escoltado por Gardini, salió, seguido por los otros dos.

Llegaron sin contratiempo al coche.

—Ahora, Jerry, a toda marcha hacia River Side. A las tres nos

espera una lancha motora ballenera del capitán Javert.

Palmer pisó el acelerador, pensando solamente en que pronto estaría ya libre.

Atrás, junto a Norton, declaró el exluchador:

—Me llamo César Gardini.

—Tanto gusto. Salvo error, creo que le vi luchar hará cosa de unos dos años, en el *BoxCatch*.

—Era yo, sí. Pero me cansé de divertir a la masa. Espero sus preguntas, Norton.

—Tengo sueño, y hasta las tres no llegaremos a la lancha que ha mencionado. Supongo que después nos esperará un viaje algo largo. Al término del viaje, usted me expresará los motivos por los que me ha rescatado de mi forzosa soledad.

—Da gusto oírle, Norton. ¿De veras no se imagina por qué lo he sacado de la jaula de locos?

Mark Norton señaló la esfera del reloj del cuadro de mandos.

—Siempre ha sido mi norma ajustarme al reloj y a mi horario.

Se reclinó a un lado, y, cerrando los ojos, indicó con ello su firme voluntad de dormir.

César Gardini rió suavemente.

Al volante preguntó Palmer:

—¿Por la secundaria o por la autopista, Gardini?

—Por la autopista.

Se acomodó también Gardini, cerrando los ojos.

A las tres de la madrugada, abandonaron los cuatro el coche para penetrar en una larga embarcación, provista de motor.

La tripulaban tres hombres, que fueron a ocupar sus puestos, poniendo en marcha la lancha.

Norton quedó en una cabina, sentado ante una mesa, a cuyo otro lado se colocó Gardini.

Palmer y el otro estaban en cubierta.

—Tuvo razón, Norton, al pensar que íbamos a emprender un largo viaje. Ahora atravesaremos el lago Huron para penetrar en el río San Lorenzo hasta Murray Bay, ya en el Atlántico, donde está el barco ballenero del capitán Javert.

—No conozco al tal capitán Javert.

—Un gran marino, honrado, y libre de toda sospecha. Pero logré convencerle para que le diese a usted refugio a bordo. Esta lancha

es suya, y ningún policía la registrará.

Replicó Norton:

—Muy relativa es su honradez, cuando facilita mi fuga.

Sonrió Gardini.

—Usted declaró en el tribunal que había quemado su oro, ya que todo metal tiene, como las conciencias, su punto de fusión. El punto de fusión de la conciencia del capitán Javert es un millón en oro.

—Ah, entonces usted es multimillonario.

—Yo, no. Usted, sí —rió Gardini amablemente.

—Me temo que su sanidad mental es relativa, señor, si piensa que voy a pagarle millones por haberme facilitado la salida del sanatorio.

—No hubiese corrido ningún riesgo para proponerle algo tan poco comercial, Norton. Mi idea es sencillísima. Yo tengo la manera de ganar un diez mil por cien, y usted tiene el capital.

—La oferta es atractiva, pero ilusoria.

—No lo es. Yo no pido pago por mi ayuda, sino que le ofrezco un negocio magnífico, cuyas bases he ido colocando, con la precisión de un cronómetro.

—Tal vez lleguemos a entendernos, Gardini. Ahora bien, y suponiendo que yo realmente hubiese fundido el oro de los ocho millones, ¿qué haría usted? ¿Matarme?

—Oh, no... Usted tiene ocho millones. Yo soy jugador, y me guío por corazonadas, a veces. ¡Usted tiene los ocho millones!

—Los tengo, pero en un lugar donde nadie los hallaría nunca.

—Creo que me supone un pandillero, trabajando en el gremio del rescate. No, no... Tengo muchos más vuelos, Norton, y le ofrezco invertir sus ocho millones, al cincuenta por ciento de beneficio.

—Exponga su idea.

—Drogas. Tengo quien me las suministra, y quien las introducirá en los Estados. Falta solamente el capital.

—¿Dónde es la base de suministro?

—En Islandia. Metida la droga en pieles, viajará en el barco ballenero del capitán Javert hasta el río San Lorenzo, donde el barco de un amigo mío las llevará para su reparto por los Estados. Es sencillísimo. Cada frasco comprado en mil, produce cinco mil,

sin impuestos ni mermas. ¿Qué negocio le produciría tanto?

—Quedamos, entonces, en que usted carece de capital, y es por esta razón que me ha libertado. Ha puesto todos los jalones del camino, pero le falta el lubricante, o sea, mi dinero.

—Eso es.

—Bien. Tengo sueño. Cuando estemos en el ballenero, le daré mi respuesta.

—Ha de ser ahora, Norton.

—Suponga que me niego.

—Viajará conmigo hasta que se decida.

—¿Piensa emplear métodos de tortura para que le revele dónde escondí los ocho millones?

—No. Me limitaré a esperar, y usted se cansará antes que yo.

—Hay un fallo.

—¿Cuál?

—Ninguna documentación legal puede garantizar nuestra operación financiera. No tengo garantías de que usted, una vez haya yo invertido los ocho millones, me entregue el cincuenta por ciento de los beneficios.

—Todo negocio tiene su riesgo, Norton.

—Éste es excesivo.

—¿Por qué?

—Yo soy ya un personaje muerto, ante la sociedad. Para usted, mi vida sólo vale el tiempo justo que transcurra hasta que aparezcan los ocho millones. ¿Por qué va a contentarse con el cincuenta por ciento, si puede tener el total?

—Espero que habrá oído hablar del gran respeto que nosotros, los traficantes, le concedemos a nuestra palabra.

—Me sacó usted de un manicomio, pero no me confunda con un loco rematado, por favor.

—No es mi impresión, ni mucho menos. ¿Por qué sonrío así, Norton?

—Porque siempre me apenó la escasa cerebralidad de los llamados cuerdos. Preste atención, Gardini. Ocho millones es una cantidad mezquina. Y su negocio es mísero y ridículo.

Sinceramente asombrado, opinó Gardini:

—¿Ridículo y mísero convertir, en menos de un año, sus ocho millones en cuarenta?

—Tal vez nos entendamos, Gardini, porque necesito hombres decididos. Pero será para efectuar el negocio que yo propondré, si bien al principio dejaremos al capitán Javert en la creencia de que he aceptado ser un traficante de drogas. El negocio que yo le presentaré, Gardini, puede convertirle en el segundo hombre más rico del mundo. El primero, yo, lógicamente. Y ahora voy a tenderme. No, no, nada de preguntas prematuras. Estoy fatigado. Despiérteme media hora antes de que lleguemos al ballenero. Gracias. Buenas noches.

CAPÍTULO IV

Stan Stork, alto, musculoso, y de duras facciones, estaba pasándose la maquinilla eléctrica en toques finales, cuando repicó el teléfono.

Se aplicó el auricular:

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Stan Stork?

—Yo mismo.

—Acude inmediatamente a los billares del *Sporting* —y el comunicante colgó.

En el local del barrio industrial de Detroit, sólo había algunos clientes apresurados, que se desayunaban en la barra.

A las diez de la mañana, en la sala de billares, la concurrencia era escasa. Sólo un jugador. Sentado, empleando el taco a modo de apoyadero.

Al entrar Stork, se levantó el solitario jugador. Fue a la mesa del fondo, en la desierta sala.

Colocó el mingo en una esquina, y juntó las otras dos bolas en la opuesta. Efectuando un difícil retroceso, logró una excelente carambola.

Stork cogió otro taco, y, mientras le daba tiza, se aproximó a la mesa. Cogió el mingo y lo colocó en el justo centro. Las otras dos bolas las situó juntas en el centro de la banda izquierda.

El solitario jugador le saludó:

—Hola, compañero.

El lugar donde Stork recibía instrucciones era siempre una mesa de billar del *Sporting*. El enlace cambiaba.

—¿Has leído la Prensa, Stork?

—Sí.

—¿Conoces a fondo el historial de Mark Norton?

—Lo que dicen los periódicos.

—Tengo orden de aclararte lo que la Prensa nunca dijo, ya que es ignorado por todo el mundo, salvo por nuestro departamento. Te toca jugar.

Chocaron las bolas, y de tirada hizo Stork siete carambolas. Sintióse satisfecho porque solamente jugaba al billar cuando le citaba el enlace del Departamento de Seguridad Internacional.

—El crimen de Norton fue achacado a locura, pero el D.I.S. sospecha algo muy distinto, aunque carece de pruebas. ¿Sabes cómo se llamaba, de soltera, la esposa de Norton?

—Algo así como Gilding, Trilby...

—Stribling, y su padre, Kent Stribling, es propietario de varias minas, una de ellas sita en la península de Labrador, al norte de Canadá.

—¿Qué relación achaca el D.I.S. al crimen con las minas?

—Diste en el clavo. Esta mina, abierta en el extremo casi desierto del Labrador, producía mucho hierro, hasta que se encontró una veta del mineral más codiciado hoy en día: uranio.

—Canastos... Si Norton quería el uranio, ¿qué necesidad tenía de matar a su esposa y a su propio hijo?

—Nadie lo sabe. Pero el D.I.S. cree que Norton, tarde o temprano, aparecerá por la mina de Labrador.

Algo alarmado, opinó Stork:

—Espero que no pretenderán mandarme al Polo Norte, ¿no?

—Fuiste ballenero antes de ser luchador, y antes de ingresar en el D.I.S., ¿no?

—Sí, pero ¿qué relación tiene esto con lo de Norton?

—Dos luchadores le ayudaron a evadirse. Sólo puede escapar remontando el San Lorenzo, y entre las pocas lanchas que no fueron inspeccionadas, está la del capitán Javert, cuyo barco ancla en Murray Bay.

—Oye, ¿es que no hay otro agente disponible en Detroit?

—Ninguno que, como tú, presente estas dos características esenciales: haber sido luchador, ignorando todos que perteneces al D.I.S., y haber sido tripulante de un ballenero.

—Bien, qué remedio queda... —y falló Stork una carambola clara.

—A las diez y media te acompañaré al aeropuerto, y te depositarán en Murray Bay. Investiga, y si, como parece, Norton

cuenta con la complicidad del capitán Javert, procura enrolarte a bordo.

—¿Para...?

—Averiguar lo que sabe Norton, qué piensa hacer, y para quién piensa apoderarse del uranio sí, como sospechamos éste es su objetivo. En todos los puestos de la Policía Montada se facilitará una contraseña de radio para tu único uso. Podrás disponer de cuántos refuerzos quieras, llegado el momento.

—¿Qué hago con los luchadores que facilitaron la fuga al cerdo de Norton?

—Dejarlos tranquilos hasta que no logres saber los propósitos de Norton.

El río San Lorenzo que con su afluente, el San Louis, tiene una longitud de tres mil ochocientos kilómetros, es el desagüe natural de los Grandes Lagos.

Al mismo tiempo es la penetración natural al interior del continente.

En Murray Bay, donde el anchuroso río se mezcla ya con el Atlántico, anclan numerosas flotillas de balleneros, que vienen a descargar, aprovisionarse y renovar bajas de tripulación.

El principal comercio de Murray Bay lo proporcionan los balleneros, después, los cazadores de pieles, y por último, los leñadores.

Las posadas y bares tienen aún cierto aspecto antiguo. Y primitivo. Porque también son así sus clientes.

Marineros, peleteros y leñadores, que han estado durante meses en parajes desolados.

En sus breves estancias en Murray Bay, gastan rápida, alegre y violentamente sus pagas, ansiosos de diversión.

La brutalidad es elemental, y en las discusiones, la ley es la del más fuerte.

Entró Stan Stork en la taberna que le pareció más ruidosa y concurrida. Iba vestido adecuadamente.

Botas embreadas, pantalón de piel forrada, chaquetón de recio cuero, y una media de seda le apretaba el cabello, enrollándose después al cuello.

La media abrigaba mucho y era ligera, siendo el mejor gorro y bufanda, al viejo estilo de los balleneros escandinavos.

Atravesó la primera sala, la de juego y bebidas, para entrar en el salón de baile.

Sabía que el ballenero del capitán Javert se llamaba *Groenland*, pero en aquellos parajes el preguntón era muy mal mirado.

Llevaba recorridas seis tabernas, y hasta entonces no había tenido suerte, porque con quienes tomó cerveza resultaron ser marineros de otros barcos o leñadores.

Una hermosa y opulenta rubia, muy al gusto de la ruda población transitoria, se le acercó:

—¿Me buscas a mí, atleta?

—¡Ven acá, Glory! —gritó, desde un palco, un mestizo esquimal.

Ella hizo una mueca de desdén, tomando por testigo a Stork:

—Este mestizo no me deja en paz. Pero me gustas más tú. El mestizo se cree que porque acaba de desembarcar del *Groenland*, y tiene los bolsillos repletos, le voy a hacer caso. ¿Bailamos, guapo?

Stork miró al mestizo, que le asestaba furiosas ojeadas, y replicó:

—Prefiero invitarte a lo que quieras. Allí mismo.

Señaló una mesa cercana al palco ocupado por el mestizo del *Groenland*.

—Sería mejor que nos fuéramos a otro sitio, más apartado.

—¿Por qué?

—Frosby se puede enfadar.

—¿Quién es Frosby?

—El mestizo esquimal.

—Yo me desayuno con tres esquimales.

—Te advierto que Frosby es muy bestia.

—Pero tú eres tan fascinante que, por ti, soy capaz de pelear contra diez esquimales a la vez. Vamos.

El mestizo Frosby, al ver sentarse a Glory, se ajustó el cinto, y abandonó el palco.

Al llegar frente a la mesa, interpeló a Stork:

—Eres nuevo por aquí, y se nota. Por esto mismo, como no sabes que Glory es mi chica, lárgate y no pasará nada.

El grueso y macizo Frosby, de ancha cara y ojillos estrechos, se consideraba el forzudo del *Groenland*.

Stork tenía ahora su pase de entrada al ballenero, y no le disgustaba, ni mucho menos, ejercitarse.

Se reclinó hacia atrás, en equilibrio sobre la silla, que hizo

oscilar.

—Ahora, Glory es mi chica y, si quieres conservar tus huesos en el mismo sitio en que están, el que se larga eres tú.

En el colmo de la sorpresa, silabeó Frosby:

—¿Eh, cómo?

—Lo que oyes, cachalote.

Glory se apartó prudentemente, mientras Frosby, agachando la cabeza, cerró las manazas, y masculló:

—En pie, matón, que, de la paliza que te voy a dar, pasarás un mes numerando tus huesos para colocarlos donde toca.

Sonrió Stork alegremente.

—Frosby, querido ballenato, no sabes con quién te estás metiendo. Para que yo me levante, me hacen falta tres como tú.

Abalanzóse el esquimal y, cuando pareció abrazar a su contrincante, estrujó la silla, rompiéndola, porque Stork ya estaba en pie, a sus espaldas.

—Pesas noventa kilos muy lentos, Frosby.

Frosby abrió los brazos, girando sobre los tacones. Extendió las zarpas, gruñendo:

—Te las das de gracioso, ¿eh, animal? Te voy a dar una paliza que...

—¡Despejen, despejen! —ordenaron varias voces autoritarias.

Cuatro individuos de pantalón azul, botas negras, chaqueta roja, y sombrero picudo de la Policía Montada, iban apartando a los defraudados espectadores.

Uno de los policías tocó en el hombro a Stork:

—Venga con nosotros.

—¿Yo?

—Sí, usted. Los demás, fuera... Usted, Frosby, retírese.

El esquimal gruñó:

—Ya nos volveremos a ver, matón, si éstos te dejan libre.

—Ése es mi deseo, Frosby querido, volver a verte. Bueno, ¿y yo qué he hecho, cabo?

—Venga con nosotros.

Escotado, abandonó Stork la taberna. Se alzó el cuello del chaquetón y dijo:

—Hay error, cabo. Yo soy un pacífico marinero que...

—El sargento Lefer quiere verle. No sé más.

La casa-cuartel estaba cerca, y Stork fue introducido en un despacho, donde un sargento, de rostro afilado, al quedar a solas con él, dijo:

—Síntese, Stork. También yo pertenezco al D.I.S., pero tengo otra misión. Usted busca a Norton. Está a bordo del *Groenland*. Lo controlé hace una hora, y me comunicaron, desde Detroit, que usted le buscaba. A bordo están también los luchadores César Gardini y Jerry Palmer.

—¡Canastos! ¿Conque Jerry y César, eh? Oiga, sargento, me mandó a sus muchachos muy inoportunamente. Precisamente estaba solucionando el modo de subir al *Groenland*, dándole una paliza suave al mestizo llamado Frosby, para recogerlo amorosamente y llevarlo a bordo, donde es casi seguro que, inutilizado Frosby, el capitán Javert me hubiera aceptado para relevarlo.

—Ya encontrará otro medio. El contramaestre reclutador del *Groenland* ha bajado a tierra. He comunicado ya la señal a todos los puertos, por si precisa usted ayuda. Buena suerte, Stork.

Stork salió a la calle, en busca del reclutador.

—¡Vaya canela! —oyó exclamar.

Vio que el objeto del comentario de uno de los dos leñadores, detenidos cerca de él, era una mujer que descendía del coche de línea entre la estación del ferrocarril y el puerto.

Una rubia, de extraños ojos verdes, que miraba en rededor, mientras el cobrador le tendía dos maletas, que sacaba del portaequipajes.

—Oye, Pat, debe ser una mariposa nueva. ¿Vamos por ella?

—Parece una dama, Mike.

—Todas lo parecen cuando viajan, Pat.

Stork contemplaba, complacido, a la que, ya alejado el coche, seguía mirando en rededor. Era una preciosidad, y tuvo Stork la convicción de que no era una cabaretera, como creían los dos leñadores.

Se aproximó, porque quería ver más de cerca a la esplendorosa rubia.

El leñador Mike decía:

—Buenas tardes, monumento. La acompañaremos donde quiera.

—Deseo que me indiquen, por favor, dónde ancla el *Groenland*.

Stork admiró la melodiosa voz, que hablaba un inglés con acento francés, como muchos canadienses. ¿Al *Groenland*...?

Mike rió.

—Hay tiempo sobrado, y antes, nos podemos tomar unas copas. Bien vales que sean copas de champaña.

—Sigán su camino, señores. Se han equivocado —dijo ella, sencillamente, volviéndoles la espalda.

Pat le tiró de la manga del abrigo de pieles.

—No seas arisca, rubia bonita. Total, pueden esperarte los del ballenero.

Juzgó Stork que la ocasión era muy propicia para intervenir. Dijo:

—Dejad tranquila a la señorita.

Los dos leñadores le miraron, sorprendidos.

—¿Y este fulano quién es, Pat?

—Ni idea, Mike.

—Me llamo Stork, por si os interesa, irlandeses. Dejad tranquila a la señorita, porque os habéis equivocado.

—¡Dale duro, Pat! —Estimuló Mike.

El puño de Pat se disparó.

Y Mike abrió la boca hasta el máximo, al ver que su amigo surcaba los aires por encima del encorvado Stork, yendo a caer ruidosamente sobre unos fardos.

La desconocida se apoyó sobre la pared, también asombrada.

Lo sucedido había sido rápido. Stork asió la muñeca de Pat, giró y, colocando su hombro bajo el sobaco de aquél, le proyectó en una de las llaves más fáciles de lucha libre.

Mike, repuesto de la sorpresa, acudía, con los puños en ristre.

Pero levantó una pierna, destinando un puntapié al vientre de Stork, que era uno de los golpes que estimaba más eficaces para entablar un combate con la ventaja por su parte.

Su tobillo quedó aprisionado entre las manos de Stork que aplicó una torsión, mientras la suela de su bota chocaba contra el estómago de Mike.

Lo soltó, porque Pat avanzaba ya en torbellino, agitando los brazos en aspa, y prodigando una sarta de pintorescas imprecaciones.

La mujer no se iba porque, a su pesar, le impresionaba aquella

manifestación de fuerza bruta.

Vio desaparecer, entre las aspas de los brazos de Pat, a su defensor. Y oyó el ruido del cráneo del leñador al chocar contra el suelo, aplastado bajo el peso de la rápida llave del luchador.

Pat y Mike quedaron boca arriba, tendidos, gruñendo incoherencias.

Comentó Stork:

—No tiene mérito. Son brutos, pero sin técnica. ¿Quiere que la acompañe, señorita? Preguntaremos dónde está el *Groenland*.

—Gracias. Yo...

Llegaban dos de la Policía Montada, y los diversos espectadores que habían asistido al rápido combate se alejaron.

Fastidiado, rezongó Stork:

—¿Otra vez? Aquí, apenas tose uno, asoman veinte policías. Oigan, que yo no fui el que empezó la jarana, que conste. Estos dos muchachos, sin la menor mala intención, confundieron a la señorita, y yo les dije que la dejasen en paz. ¿Fue o no fue así, señorita?

—Así fue —declaró ella.

Los dos policías se encogieron de hombros, y uno de ellos dijo:

—Entonces, ya se levantarán ellos mismos. Buenas tardes.

—Es agradable esta tierra —sonrió ella—. Ruda, como me habían dicho, pero clara y sencilla.

Stork se agachó para recoger las dos maletas y dijo:

—El suelo está resbaladizo. Apóyese en mi brazo, clara y sencillamente.

—Gracias.

En el suelo, Pat fue arrodillándose, mascullando:

—¿Qué pasó, Mike...? ¿De qué local nos han echado, hombre...?

—Nos cayó un tronco encima, creo... —farfulló Mike.

Ella rió, alejándose, apoyada en el brazo de Stork.

—Usted es seguramente un luchador, ¿no, señor Stork?

—Llámeme Stan. Sí, fui luchador. Por si acaso, debo advertirle que me parece que el *Groenland* es un ballenero, y no un barco de pasaje.

—Lo sé. Soy Hazel Javert, la hermana del capitán.

CAPÍTULO V

En la lancha a medida que iba acercándose al ballenero, insistió Gardini:

—En todo estoy de acuerdo con usted, Norton, porque su plan es infinitamente superior al mío, y actuaremos tal como me ha ordenado. Pero, por favor, no olvide lo que le he dicho, referente al capitán Javert. Tendremos que seguirle la corriente, porque a bordo es un tirano absoluto, al que nadie discute sus decisiones.

—Ya sé. El clásico ejemplar de fuerza primitiva y autoritaria.

—Por lo tanto, para cumplir la disciplina, le presentaré con la documentación que le he conseguido de Ted Stevens, al igual como Jerry presentará la que encontró en el abrigo del que asaltó. Es más conveniente, a todos los efectos, porque pasajeros a bordo del *Groenland*, suscitarían sospechas. No se ofenda por el léxico del capitán Javert, que es algo brutal.

—Sabré soportarlo, puesto que la proverbial honradez del capitán Javert es nuestro mejor escudo.

En la toldilla del ballenero, el capitán Javert parecía la personificación de un coloso vikingo.

Medía cerca del metro noventa, pesando aproximadamente cien kilos, armónicamente repartidos.

Pero lo que primero que llamaba la atención en Ernest Javert eran sus anchos ojos verdes, luminosos y malignos.

Actuó como siempre que recibía a nuevos tripulantes.

Abrióse la guerrera para apoyar las manos en las caderas.

En la cadera derecha había una funda pistolera, y la culata quedaba al alcance de la ancha diestra.

Uno de los que habían pilotado la lancha, anunció:

—Los cuatro reclutados en el San Lorenzo, capitán.

—Arriad. Vosotros cuatro, dadme vuestros papeles para que los anote. Os quedáis aquí hasta que os mande llamar.

Diez minutos después, Gardini fue conducido hasta la cabina del capitán.

Javert dijo:

—Ya conoce el reglamento, Gardini. Haremos la ruta ballenera, y, a bordo, sólo mando yo. No sé a quién llevo. Sólo me guío por los documentos que me son presentados.

—¿Me permite una sugerencia, capitán?

—Hable.

—El millonario Norton...

—No existe este individuo, sino el arponero Ted Stevens.

—Ted Stevens, ¿no podría viajar como pasajero?

—Llamaría la atención. Váyase ahora a la sala de los arponeros, y no salga hasta que zarpemos. Dígale a... Ted Stevens que venga.

Norton apareció. Sus claros ojos, huidizos, examinaron la cabina.

—Usted es el arponero Ted Stevens, y vivirá al igual que los demás a bordo.

—Creo que está convenido que debo entregarle cierta suma.

—En efecto.

—Para ello necesito ir a Reyjavik.

—La singladura ballenera que recorro, costea el Labrador para evitar los fuertes *blizzards* de esta época, y termina en Islandia. Por lo tanto, llegaremos a Reyjavik dentro de unos quince días.

—Estimo que el cumplimiento del compromiso por mi parte, incluye mi regreso en su barco.

—Así será. ¿Algo más?

—Mi foto ha sido divulgada por toda la Prensa. Pueden reconocerme sus marineros.

—Leen muy poco, y, por lo general, revistas con mujeres poco vestidas, o de chistes e historietas. Esté tranquilo sobre este particular. Para mí, y para todos ellos, usted es simplemente un novato, con sus papeles en regla, a nombre de Ted Stevens. Hágame el favor de llamar a... Alan Pinkerton.

Cuando entró Palmer, el capitán Javert se servía café de un termo.

Miraba al luchador por el espejo del armario abierto. Sin volverse, comentó:

—Tú pretendes responder al nombre de Alan Pinkerton. ¿Dónde

rapiñaste los papeles de Pinkerton, desgraciado?

—Ojo, capitán, que yo soy Alan Pinkerton.

—¡Ni ojo, ni ajo! —Y volviéndose, añadió Javert—. No me meto en los asuntos privados de mis tripulantes. Pero tus papeles no sirven, y tendré que cambiártelos. Te ayudaré, si me hablas como es costumbre entre los hombres de verdad.

—Tenía que salir de Detroit a toda prisa.

—Vamos bien. Sigue.

—Cerca de Port Huron encontré a una pareja, y le quité la ropa al llamado Pinkerton.

—Alan Pinkerton es un violinista famoso en el mundo entero. Y tú tienes de violinista lo que yo de fraile. Anda, aclara. ¿En qué clase de lío te metiste?

—Soy Jerry Palmer, y anoche, en el *ring*, maté, sin querer, a *Flash* Barker. Tuve que huir, y creo que le rompí el cráneo a algún espectador.

—Una desgracia de esta clase le sucede a cualquiera, Jerry. Cállate, no se lo digas a nadie, y, si cumples bien, al término del viaje, podrás irte donde quieras.

—Gracias, capitán.

—Llama al último.

En la cabina entró el guardaespaldas de Gardini.

Javert le miró con malévola expresión.

—Tienes cara de poco fiar.

—Soy, como quien dice, la mano derecha de Gardini.

—¿Ésta es tu verdadera documentación?

—Sí.

—Por muy pistolero que seas, siempre que me contestes, no te olvides de añadir mi grado, que para esto soy capitán. ¿Estamos?

—Estamos.

Javert pareció asestar un zarpazo, al estrujar la pechera del chaquetón del pistolero. Lo levantó en vilo unos segundos, y lo empujó, soltándole.

El pistolero fue a caer sentado contra el tabique.

—Mientras haya mar bajo nuestras pezuñas, mando yo, y no lo olvides, Corrigan. No salgas para nada de la cala de arponero hasta zarpar. Y por si te quedan dudas, atrévete a asomar esta fea jeta que te luce, y te la dejaré nueva a trompazo limpio. ¡Lárgate!

En la vacía cala de los arponeros, Fred Corrigan, sentado como los otros tres, alrededor de una mesa, masculló:

—Este capitán Javert es un déspota. Se cree Napoleón. No me gusta.

—Te aguantas —aconsejó Gardini—. Lo necesitamos... Le soportaremos hasta que nos convenga, ¿no es así, señor Norton?

—Es preferible no olvidar que, por ahora, me llamo Ted Stevens. Estoy de acuerdo en que hasta el regreso de Reyjavik, y según la honorable tradición marinera, el amo, después de Dios, es el capitán Javert.

En su cabina, Javert sostenía un diálogo con su vaso de ron.

Atardecía ya, y, cuando regresasen los equipos, zarparían.

—Has perdido la honradez, Ernest, pero a cambio de la posibilidad de tener una flotilla propia, y alojar a Hazel en la mejor casa del terruño. La pobre, bien se merece vivir cómoda y tranquilamente.

Un maestro arponero que estaba de guardia, vino a anunciar:

—La señorita Hazel Javert sube a bordo, capitán.

Pestañeó Javert.

—¿Eh? ¿Ya estás borracho, granuja?

—Estoy sobrio, capitán, y le juro que es ella.

Javert atravesó el puente hacia la borda, en largas zancadas rápidas.

Pese a su estatura, Hazel Javert desapareció entre los brazos de su hermano, el cual, sin soltarla, indagó:

—¿No estabas en Vancouver, niña?

—Me cansé de ser institutriz, Ernest, y quiero regresar a Francia.

Pregunté al

Lloyd's,

y me comunicaron tu próxima llegada a Murray Bay.

Mirando a Stork, rezongó Javert:

—¿Quién es?

—Es el señor Stan Stork, que me salvó de ser groseramente importunada por dos leñadores.

—¿Eres marino?

—Lo fui, y ballenero, capitán. No tengo plaza, ahora.

—Vete a la cala de cuchilleros. ¡Eh, Jan, lleva a este novato a la cala cuatro! Ven conmigo, Hazel, que tenemos que hablar.

En la cabina, afirmó Javert:

—Me agrada verte, pero cogerás otro barco, niña.

—No, Ernest. Estoy aquí contigo, y soy feliz.

—Pero este casco es un ballenero, y los tripulantes son muy primitivos. Tú supondrías un peligro constante.

—Contigo, no corro ningún peligro.

—Yo no puedo estar vigilándote. Tengo que atender a la maniobra. No puedo llevarte conmigo, niña.

—Se arregla fácilmente. El hombre que has contratado es un magnífico luchador.

—¿Otro luchador?

—En un instante, dejó fuera de combate a dos leñadores, que eran casi tan fuertes como tú. Ha sido luchador y fue ballenero.

—¿Y qué?

—Él podría protegerme, mientras tú atiendes a tu casco, como dices.

—Es un viaje peligroso.

—Razón de más para que esté a tu lado. Y siempre tuve curiosidad por saber lo que ocurre a bordo de un ballenero.

—Nunca pude negarte nada, y ya es tarde ahora para empezar. Bien, accedo, pero no saldrás para nada de tu camarote.

—¡Oh, no, Ernest! No me condenes a reclusión.

—¡Bien, bien! Nombraré a tu galán, tu escolta permanente. Ahora, quédate aquí. Toda la tripulación está ya a bordo, y tengo que hacerme cargo de ordenar la maniobra para zarpar.

Javert salió a cubierta, pensativo.

No podía negarse, sin despertar sospechas en su hermana, por cuanto siempre le había dicho que, si se cansaba de estar alejada del terruño, no tenía más que presentarse en el *Groenland*.

Supersticioso, tuvo un presentimiento, que trató de ahuyentar de su mente.

Una gaviota acababa de emitir un largo chillido lúgubre en el negro cielo, antes de abatirse, muerta, en las turbias aguas.

Presagio de tormentas y muertes.

Pero ni la imaginación más supersticiosa podía adivinar la serie de tragedias que iban a acompañar el viaje del *Groenland*.

CAPÍTULO VI

En la cala de los cuchilleros, el mestizo Frosby, de mal humor porque no había vuelto a ver al que se había atrevido a burlarse de él, examinó a los reunidos, buscando un novato en quien desfogarse.

Vio a un adolescente que trataba de hacerse el hombre, bebiendo el ron que le servía un viejo curtido.

El grueso mestizo se aproximó, dándole un pescozón.

—Hola, nene. ¿Mamá te dejó venir sin bufanda?

El muchacho se irguió, replicando:

—Mi abuelo fue ballenero, y también mi padre, y, aunque tenga sólo dieciocho años, tengo más agallas que un tiburón. Soy flaco, pero sé boxear y no tengo nada de manco.

Frosby, riendo, agarró brutalmente por el cuello del jersey al muchacho, que enrojeció de furor al ver que no podía librarse del zarandeo al cual le estaba sometiendo el esquimal.

Y de pronto, Frosby soltó al novato, mirando, estupefacto, como si sufriera alucinaciones, al que acababa de darle un empujón, a la vez que le decía:

—¡Eh, gordo! Suelta al chaval.

Frosby se encaró con Stork:

—¡Increíble! Tú por aquí, con las ganas que te tenía... ¿Eres tú el papá de la criatura?

—Eres muy pesado. Si quieres darle la novatada a alguien, elige por lo menos a uno de tu talla.

—A ti mismo, ya que te sientes con ganas de camorra. Y te prometo que vas a lamentar haberte metido en mi camino.

Los demás se acomodaron en sus literas para presenciar cómodamente la pelea.

—¡Diez dólares por Frosby! —apostó uno.

—¡Van diez por el novato!

Stork se había quitado el chaquetón, que tendió al muchacho.

—Quedas nombrado mi segundo, chaval. Me llamo Stork, compañeros.

—¡Media paga por mi amigo Stork! —chilló el muchacho.

Frosby reía, arremangándose, y retrocedió unos pasos, para permitir que las apuestas se formalizasen entre los cuchilleros de la cala.

Apremió, ansioso:

—¿No va más? ¿No hay más apuestas? ¿Listos?

Se relamió, crispando los nudosos y gruesos puños, de nudillos corcusidos en muchas peleas.

Agachó la cabeza, preparándose a embestir.

Oyéronse unos pasos recios, y un maestro arponero entró, exclamando:

—¡Quietos todos! ¡El capitán!

Javert juzgó la situación en una ojeada.

Vio el mazo de billetes de dólar, en manos del que oficiaba de apostador.

—Pronto empezáis, cuchilleros. Tú deberías ya saber que no quiero peleas a bordo, Frosby, marrano hijo de perro esquimal y foca loca. Hay una barra para aherrojar y hacer meditar a las cabezas calientes, y lo que es mejor: ¡yo mismo le parto la boca al primero que se pelee! ¿Quién empezó la pelea, apestoso camorrista del demonio?

El muchacho, tragando saliva, avanzó un paso, llevándose la mano abierta al borde del peludo gorro.

—¡Yo fui, capitán!

No pudo evitar un gallo. Y Stork rió.

Javert miró, cejas en alto, a Stork. El caballete de la rota nariz del capitán se frunció mefistofélicamente.

—Explícate, grumete del diablo, o tus fondillos van a conocer la puntera de mi bota.

—Es que... el amigo Frosby me hizo una broma de novatada, capitán, y yo le aposté a que no se atrevía a meterse con el novato Stork.

—¡Eso, eso, eso, capitán! —aprobó, presuroso, Frosby.

—¡A callar, atún! ¡Tú, Stork, por novato, te salvas de la paliza y la barra! Pero ojo conmigo. Recoge tus cosas y sube a mi toldilla,

dentro de cinco minutos a más tardar. ¡Sí, es a ti a quien hablo, carne de patíbulo!

Y miró, con malévola expresión, a Stork.

El capitán Javert dio media vuelta, y cuando sus pasos dejaron de oírse, Frosby rió, complacido:

—Estuviste muy bien, muchacho. No eres un chivato, y se nota que tus viejos fueron balleneros de los buenos. En cuanto a ti, Stork, cuando toquemos tierra, ya nos distraeremos un poco rompiéndonos la cara.

Mientras recogía su saco, comentó Stork:

—Valiente pedazo de cafre está hecho el capitán.

—No es mal hombre —afirmó un cuchillero—. Lo que pasa es que lleva doce de sus treinta y nueve años metido en balleneros. Pero no es mal hombre.

En cubierta, se dirigió Stork hacia la toldilla, saco al hombro. El barco, con la proa hacía mar abierta, cabeceaba vigorosamente.

Apoyado en el reborde del puente de mando, llamó Javert:

—¡Sube tú, novato!

Obedeciendo, miró Stork, sin gran simpatía, a Javert.

—Deje el saco en cubierta, Stork. Si abajo le traté algo duramente, es que delante de los demás no puedo tolerar relajamientos de disciplina. Por lo visto, es usted amante de pelear.

—Si me buscan, sí, capitán.

—¿En qué cascos estuvo?

Mencionó Stork los dos balleneros en que navegó.

—¿Qué tiempo hace que conoce a mi hermana Hazel?

—Aproximadamente, una hora.

—Ya... Atienda bien a lo que le voy a decir. No puedo estar siguiéndole los pasos a mi hermana. Llevo a bordo hombres rudos, que pueden perder los estribos. Usted dará completa escolta a mi hermana. ¿Qué? Hable.

—No opongo reparos, pero, si puedo preguntarlo, ¿por qué me eligió?

—Leo en usted más clase que en los demás. Vaya al tercer puente, y llame a la puerta de cámara. Por las noches, dormirá en la cabina del cocinero. Así estará en el tercer puente. Puede irse.

Stork se marchó, y, poco después, llamaba a la puerta indicada.

Apareció Hazel Javert, que sonrió al ver a Stork.

—Adelante.

Fingió Stork una burlona reverencia.

—A sus plantas, mi dama, que ante vos tenéis a vuestro escudero. El cargo es envidiable, aunque me enrolé para cazar ballenas, no para escoltar a una dama.

—Mi hermano me impuso esta precaución, y pensé que usted no tendría inconveniente.

—No lo tengo, ni mucho menos. Por aquí se respira mucho mejor.

—Bien, entonces, mañana nos veremos. Voy a acostarme porque estoy cansada. Buenas noches.

En la cabina del cocinero, pensó Stork primero que Hazel era muy bonita y peligrosamente atractiva.

Y que ser su escudero le daría ocasión de rondar los puentes, donde, a no tardar, se tropezaría con Norton, Gardini y Palmer.

En los helados parajes de la bahía de Hamilton, una factoría peletera de tres cabañas era sólo habitada cuando regresaban de sus largas expediciones los cazadores de nutrias, zorros blancos y focas.

El día anterior a la fuga de Norton, llegaron a la factoría nueve hombres. Iban a bordo de una larga lancha ballenera.

Tres quedaron a bordo, mientras los otros seis se dirigían hacia las cabañas deshabitadas. El lugar poblado más cercano distaba doscientas millas.

El primero que entró en la mayor de las cabañas era alto, ancho, pero fofo, y de rostro blandamente repulsivo.

Todos ellos vestían como balleneros. Fueron sentándose en las rústicas banquetas. El del rostro fofo, manifestó:

—No hay pega. Estoy bien documentado. Por aquí sólo asoma de vez en cuando algún que otro cazador, que viene a traer sus pieles y esperar a los otros. Pero no es ahora el tiempo. Por lo tanto, estaremos a solas hasta que el *Groenland* llegue a la altura convenida.

—Eso es lo que no comprendo, jefe. ¿Cómo, desde aquí, podremos llegar a bordo del *Groenland*?

—Está planeado todo perfectamente. Va a ser nuestro gran golpe. El último asalto bien organizado. Estas cabañas tienen un puesto telegráfico. Y Corrigan, que va a bordo, me comunicará su

posición a la hora convenida, cuando disten diez millas de esta bahía.

—Sigo sin comprender, jefe. Tú fuiste piloto, pero yo, no.

—Los balleneros, para cubrirse del fuerte viento, remontan al amparo de esta península hasta la altura del cabo Chidley, pasando, pues, a unas dos millas de esta bahía. Y Corrigan me avisará porque convinimos una onda especial de contraseña.

—Ha sido un buen plan el tuyo, jefe.

El jefe de la banda, llamado Spider Long, rió, satisfecho.

—Gardini es el que sacó las castañas del fuego. Se encargó de facilitarle la fuga a Norton, que ahora habrá ya cargado a bordo sus millones. Me lo explicó todo Corrigan, que me es fiel.

—¿No desconfiarán, jefe?

—Gardini no me conoce. Nosotros operábamos en otra ciudad. Y todo saldrá fácilmente, porque la ley del mar obliga a ser hospitalario para unos pobres náufragos.

CAPÍTULO VII

A bordo del *Groenland*, el pistolero Corrigan se había hecho amigo del telegrafista.

Soplaba ya el *blizzard* del Labrador, que acuchillaba las carnes, y las aguas iban convirtiéndose en densamente azules y transparentes.

Los cuchilleros se turnaban en puestos, por grupos de cuatro, junto a los cinco cañones arponeros.

Había amanecido y, ya tomado el café, arponeros y cuchilleros esperaban la orden de entrenamientos, para estar constantemente en disposición de actuar, apenas apareciese el codiciado cetáceo.

Acodado en el pasamanos del puente de toldilla, Stork vio subir por la escotilla de cala a Norton, Gardini y Palmer, seguidos por Corrigan.

Llegaba también el maestro arponero que, sentándose en el sillín del cañón de babor, explicó:

—Vosotros, los cuchilleros, empezaréis a trabajar cuando aparezca una ballena y logremos izarla. Descuartizar es trabajo duro y muy importante. ¿Quieres preguntar algo, chico? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Melvyn Mortimer, señor. ¿Por qué nos llaman cuchilleros, si trabajaremos con hachas?

—En tiempos de tu padre y abuelo, usaban cuchillos, pero pronto se desollaban las manos. Las hachas permiten endurecerse las palmas sin desolladura.

Palmer dio un fuerte codazo a Gardini. Demostraba tanto asombro, que Gardini miró hacia donde miraba Palmer.

Parpadeó, entornando los ojos para mejor escrutar, Norton, sentado a su lado, miró también a la toldilla, donde Stork fingía no darse cuenta de que estaban observándole.

Javert dio un manotazo en el hombro de Palmer.

—¡Atiende las explicaciones de maniobra, atún!

Pero se dio cuenta de que debía ocurrir algo anormal, por las discretas señales que le hacía Gardini. Exclamó:

—¡Vosotros tres, venid conmigo! ¡Sí, vosotros tres, gandules! Os voy a explicar lo que les sucede a los que no prestan atención a las enseñanzas.

Señalados por el recio índice del capitán, Gardini, Norton y Palmer fueron tras él hasta el cuarto de bitácora, donde Javert despidió al segundo piloto.

—¿Qué sucede?

—A bordo está Stan Stork —comunicó Palmer.

—Sí. Lo he contratado. Sirve de escolta a mi hermana.

Intervino Gardini:

—Lo que Palmer quiere decir, capitán, es que Stork es de Detroit. Y resulta evidentemente curioso que esté aquí. ¿Cuándo se enroló?

—Ayer al anoecer. Me dijo que fue ballenero y luchador.

—Sí. Fue ambas cosas. Pero ahora, ¿qué hace aquí?

Intervino Norton:

—Lo esencial, a mi modo de ver, es asegurarse si el tal Stork estuvo en Detroit estos últimos días, o si, por el contrario, se encontraba ya por estas latitudes cuando yo me evadí.

Javert, fruncido el entrecejo, opinó:

—Si sospechan que es policía, descarten la idea. De haberlo sido, no habríamos zarpado, por cuanto nos hubiera invadido la Montada.

—Pero Stork nos conoce a nosotros dos.

—Entonces, vayan a saludarle cuando termine la explicación del maestro arponero.

—Si ha leído la Prensa, que es lo más seguro, puede telegrafiar, al darse cuenta de que Palmer y Norton están a bordo.

—Su compañero Corrigan se ha hecho amigo del telegrafista. Que vigile él a Stork.

—Lo hará, capitán, pero creo mejor quitar de en medio a este Stork. Nunca me cayó bien.

—Oiga, Gardini, y grábeselo en el cerebro. Por un millón de francos he facilitado la huida de este hombre, pero no se imagine que a bordo se mata a los que estorban.

—No decía tal, capitán, sino simplemente ponerle a seguro. ¿No hay a bordo una barra de castigo?

—En un sollado para los que se indisciplinan.

—¿Provocar pelea es motivo suficiente para aherrojar a un marinero?

—Naturalmente.

—Entonces, para nuestra común seguridad, permítame lograr que Stork se indiscipline. No me tenía la menor simpatía tampoco. Puede muy bien ser casualidad que esté a bordo, pero, si ha leído la Prensa, ha visto la foto de Norton y sabe lo referente a Palmer. Estaríamos en peligro.

—Tiene razón —admitió Javert—. Si Stork pelea, pasará al sollado de castigo. Pero recuérdelo, Gardini. No tolero violencias que resulten mortales.

—De acuerdo, capitán.

En el puente, Stork paseaba, esperando que saliera Hazel.

Al dar la vuelta en uno de sus continuados paseos, vio acercarse a Palmer y a Gardini.

—Vaya, vaya... Quién lo había de decir, ¿eh? El mundo es un pañuelo, ¿no, Stork? —sonrió Gardini.

Ceñudo, Palmer se limitaba a contemplar a Stork, que replicó:

—Ya os reconocí, pero me parecía imposible. ¿Qué hacéis en un ballenero? ¿Tan mal os van las cosas por Detroit?

—Tú lo sabrás mejor que nosotros, ya que estás también aquí.

—Hace tiempo que falto de Detroit.

Siempre sonriente, dijo Gardini:

—Mientes, Stork.

—Cuidado, Gardini. Sabes bien que nunca te tragué, y, si has venido a provocarme, vas equivocado. No quiero pelear aquí.

—Digo que mientes, porque, ¿no está la señora Stork a punto de dar herederos Stork? Y no te ibas a ir de Detroit, a no ser...

—¿A no ser qué?

—Tú lo sabes, chivato —dijo, siempre sonriente, Gardini.

Stork saltó hacia delante, tendidos los brazos.

Había olvidado a Palmer, al que consideraba un buen bruto, incapaz, en la realidad, de ninguna traición.

Sus manos llegaban ya al cuello de Gardini, cuando recibió en el costado un seco puñetazo.

Se dobló en sentido contrario, cogiendo a la vez el tobillo de Gardini, que le asestaba un puntapié.

Repitió Palmer su puñetazo, que dio en el vacío.

Derribado Gardini, saltó Stork sobre Palmer, abrazándole.

En el suelo, rodó Gardini para introducirse entre las piernas de Stork, que forcejeaba con Palmer, y se levantó rápidamente, campaneándolo.

Los dos a la vez quedaron montados sobre Stork, que logró empujar por la garganta a Palmer, mientras con la otra mano aplicaba un golpe de filo en el cuello de Gardini.

Acudían corriendo varios tripulantes, y al frente, Javert, que bramó:

—¡Agarradme a estos energúmenos!

Durante unos segundos, el puente se convirtió en un tablado de lucha libre.

Por fin, Stork quedó sujeto desde atrás por los codos, por dos maestros arponeros.

Aulló Javert:

—¡Llevalde al sollado y metedle en la barra! Le vi agredir a estos dos. ¡Pronto!

Stork comprendió. Le habían hecho caer en la trampa, no por sospechar que fuera del D.I.S., sino por temor de que reconociese a Norton.

Quedó aherrojado a una larga barra de hierro con argollas, colocada entre los tabiques de un oscuro y maloliente sollado.

Poco después, descendía Javert, para encararse con él, que, sentado, estaba prietamente inmovilizado por las muñecas.

—Ya se lo advertí, Stork. No admito peleas a bordo, y es indiscutible, porque lo vi yo mismo, que usted le saltó encima a Gardini.

—Me provocó.

—Las cuestiones personales se resuelven en tierra, y no a bordo. Permanecerá aquí hasta que atraquemos.

Javert subió a la toldilla, ya despejada, donde encontró a hermana.

—Te has quedado sin escudero, niña.

—Has sido injusto, porque yo lo oí todo. El alto, de cara de italiano, insultó a Stork.

—Lo insultase o no, aquí es castigado el que inicia una pelea.

—Vinieron los otros dos a provocarle.

—Lo estás defendiendo con mucho ardor, niña.

—No es lo que te imaginas, Ernest... Además, Stork es casado. Oí cómo el italiano se refería a la señora Stork.

—Pareces lamentarlo.

—Quizá. ¿Y qué piensas hacer con Stork?

—Tenerlo a hierro hasta que toquemos tierra. Y no hablemos más de esto. Si quieres salir a pasear, te nombro otro escolta. Estos dos mismos son luchadores.

—Prefiero quedarme encerrada, si ha de continuar preso Stork.

—Como quieras. Comprenderás que la ley a bordo ha de respetarse.

—Serán necedades, Ernest, pero hay algo raro en todo... ¿Por qué Gardini le llamó chivato a Stork?

—Bah... Son expresiones que entre ellos se gastan. Anda, vete a tu cámara.

—Lo he pensado mejor, Ernest. Acepto la escolta del otro, del que tiene cara de gorila.

—No intentes ver a Stork, niña.

—¡Oh, no! La ley es la ley —sonrió ella.

Pero estaba íntimamente apenada, por dos razones: porque Stork estaba casado, y porque ya no podía tenerle por acompañante.

Al amanecer siguiente, en la bahía de Hamilton, Spider Long, puestos los auriculares, escuchaba atentamente.

Cuando cesó lo que le estaba comunicando Corrigan desde el ballenero, avisó:

—Preparados. A la lancha. Tengo ya la situación exacta y la velocidad del *Groenland*. Y quede bien claro... Las lacrimógenas para los de las cámaras, porque ellos son los que nos dirán dónde han escondido los millones. A todos los demás arrasadlos, que no quede ni uno.

En la mar, Spider Long se envolvió prietamente en varias mantas. Consultaba frecuentemente su sextante y una carta marina.

Cada uno de los nueve hombres de la banda llevaba atravesada ante el cuerpo, introducido el cañón en la pernera, y la caja y culata ante el pecho, una metralleta.

Era imposible adivinarlo, envueltos como estaban en las ropas de abrigo de toda clase con que, en aquellas latitudes, los navegantes se defienden contra el peligro de congelación.

CAPÍTULO VIII

La neblina iba deshaciéndose lentamente, girando en blancas volutas. Un pálido fulgor solar doraba con tintes amarillos la cubierta del ballenero.

Los del turno de guardia comprobaban, por rutina obligatoria, si las largas sogas enroscadas en los barriles estaban suficientemente engrasadas.

Uno de ellos era Melvyn Mortimer, el muchacho novato. Era su compañero de guardia el mestizo Frosby.

—¿Qué te pasa, Melvyn? Estás todo tristón —comentó Frosby.

—Estoy pensando en Stork, allá abajo, preso en el sollado.

—Le está bien empleado, hombre. Si es que es mi caso... Se pelea hasta con su sombra. Es un tipo duro, rediez... ¿Qué te pasa ahora, chico?

Mortimer se hacía visera con las dos manos, y gritó con frenesí:

—¡Una ballena, una ballena!

Veíase en el horizonte una línea oscura, a ras de agua, y algo blanco que semejaba un surtidor a un extremo.

El vigía en la torreta del palo mesana, ahuecó la voz por el megáfono, gritando:

—¡Lancha ballenera! ¡A la deriva! ¡Dos puntos babor, éste!

Frosby miró a Mortimer, que se había sonrojado.

—No hay por qué avergonzarse, chico. Pudo ser una ballena. Lo que te pareció el chorro de agua que echa la «gorda», es una camisa o un trapo blanco que los náufragos han colocado al extremo de un palo.

En un rincón, Corrigan se mordía las uñas nerviosamente.

Todos los demás se apiñaban en la borda, cuando los garfios y cables lanzados desde cubierta fueron asidos por varios de los nueve ocupantes de la lancha que, diez minutos antes, Spider Long había vaciado de combustible, inutilizando el motor.

Los dos tornos izaron la lancha y su humano cargamento. Al pisar cubierta, se destacó Spider Long.

Enfrentado al capitán Javert, le saludó al estilo ballenero, llevándose la diestra a la frente, con la palma hacia fuera.

—Náufragos del ballenero *Umanak*, de Belfast, estrellado anoche contra un *iceberg* a la altura de los Cairn. Soy el piloto y arponero Spider Long, y estos ocho eran cuchilleros.

—¿Los demás? —indagó Javert, lacónico.

—Me temo que no sobrevivieron, capitán. Nosotros tuvimos la suerte de encontrarnos en la lancha que necesitaba un calafateo, y a eso le debemos la vida, porque la fuerza del choque, rompiéndolo todo, precipitó la lancha a unos treinta metros fuera del *Umanak*, que tuvimos el pesar de ver hundirse casi en el acto, abierto en dos mitades.

—Usted es americano.

—Sí, capitán. De Chicago.

—¿Cómo no trataron de llegar a la costa? Dista sólo dos millas.

—Lo intentábamos cuando el motor falló.

—Lo siento, pero ya conocen la ruta, y no puedo apartarme de mi singladura hacia Islandia.

—Mejor así, capitán. Estaremos más cerca de nuestro puerto de salida.

—Podrán ocupar la cala de reserva, vacía porque aún no hemos avistado ballena. Vayan a la cocina. Cuando hayan llenado el buche, vengan a mi cámara para que les tome la filiación, en cumplimiento de anotar la novedad en mi diario de a bordo.

Se marcharon Long y los ocho acompañantes pronto rodeados por los que estaban ávidos de hacer preguntas.

Tras Javert se encaminaron hacia la cámara Gardini y Norton.

—Este tipo llamado Spider Long no me convence, capitán.

—Usted es demasiado desconfiado, Gardini. Son unos náufragos. Y es ley darles acogida.

—Hay algo que deseo decirle, capitán Javert —intervino Norton.

—Luego. Vayan a mi cámara, conmigo, mientras anoto la novedad.

Después de tomar café y ron, se colocaron a proa y popa, respectivamente, cuatro de la banda de Spider Long.

Otros cuatro, en dos parejas, fueron hacia las dos salas de

cuchilleros y arponeros.

Corrigan, el lugarteniente de Gardini, acompañó a Long hacia la toldilla por cuyo puente paseaba Hazel en compañía de Palmer, que la seguía a tres pasos.

Javert escribía, y Norton y Gardini aguardaban sentados cuando, tras llamar, entraron Spider Long y Corrigan.

—¿Qué quieren? —preguntó Javert.

—Mis compañeros dicen que pueden serle útiles, capitán.

—No cobro en trabajo la ayuda a náufragos. Usted, ¿qué hace aquí, Corrigan?

—He sido relevado, capitán, y deseo comunicarle una noticia. En estos momentos...

Era la señal convenida.

Spider Long, retrocediendo al igual que Corrigan, tiraron contra el suelo dos lacrimógenas.

Saltaron hacia atrás, cerrando la puerta.

Dejaban al interior de la cámara, tres hombres tosiendo, llorando y cercanos al inminente desmayo, entre la humareda narcótica y quemante del gas mostaza.

Palmer empujó violentamente a Hazel hacia su cabina, cuando vio salir a Spider Long, empuñando una metralleta, seguido de Corrigan.

Éste, al divisarle, lanzó con tino otra lacrimógena, que, estrellándose contra la puerta abierta, inundó con su gas el olfato de Hazel y Palmer.

A proa y popa, los cuatro pistoleros sacaron sus metralletas, disparando a mansalva, barriendo a los de guardia y maniobra.

En las escaleras de calas, los otros cuatro descargaban sus armas hacia los sorprendidos tripulantes del turno de reposo.

Un maestro arponero corrió hacia un cañón para disparar su preparada y mortífera carga.

Pero no llegó a tocar la culata.

Desde la toldilla, Spider Long disparó, segándole por la cintura.

Tableteaban las metralletas, en concierto de muerte, segando vidas, y pronto, en cubierta, en las dos calas, y en la sala de máquinas, los cuerpos, derribados por certeras ráfagas, se amontonaban en grotescas posturas.

La cuadrilla de asesinos, al cerciorarse de que no quedaba nadie

con vida, aparte los gaseados de la toldilla, procedieron a la macabra tarea de ir arrojando al mar los cadáveres.

Bajo la tensa lona cubriendo una lancha, un muchacho horrorizado trataba de dominar sus sollozos, pegando con la frente en el ancho pecho del mestizo Frosby.

El inicio de la matanza les había sorprendido a ambos embreando las junturas de la lancha en que se hallaban.

Tras unos instantes, y cuando cesaron de oírse los tétricos impactos de los cadáveres al hundirse en el mar, susurró Mortimer:

—Tenemos que vengar a nuestros compañeros, Frosby.

—No podemos hacerlo, chico.

—Tú eres fuerte como un búfalo, Frosby.

—Pero estos malditos asesinos cobardes tienen metralletas. Ahora, a callar, que lo que debemos hacer para vengar a los muertos es salvar nosotros la piel. Si se acerca alguien, y le da por registrar la lancha, estamos perdidos.

—No habrán ido al sollado de castigo, y allí está Stork. El sollado está debajo de esta lancha, Frosby. Yo puedo deslizarme por el costado, y entrar por la lucerna del sollado. Libertaremos a Stork, y él, con nosotros...

—Ni lo pienses, Melvyn. Te verían, y nos matarían a los dos. Calla, y aguantaremos hasta que toquen tierra.

—¿Por qué, por qué esta matanza, Frosby?

—Yo qué sé, chico... Calla ahora, y cálmate. Sólo nosotros dos estamos vivos, y podremos denunciar, como testigos, lo sucedido, si nos estamos callados y quietos.

Spider Long contemplaba cómo sus pandilleros baldeaban la cubierta para quitar toda traza de sangre. Dijo:

—Ahora, Corrigan, vamos a interrogar a la gente de toldilla. ¿Quién era la mujer contra la que lanzaste una «llorona»? Es bonita de veras.

—Es la hermana del capitán.

—Un tesoro que no esperaba encontrar a bordo. Vamos.

Llamó a otros tres, que procedieron a ir maniatando a los desmayados, reuniéndolos en la cámara capitana, después de abrir las dos lucernas y los portantes para que acabara de despejarse la atmósfera.

Spider Long había parado las máquinas, y al timón estaba uno

de los pandilleros, conocedor del manejo del *gobernalle*.

Sentados en una banqueta, estaban Gardini, Norton y Javert, adosados contra el tabique.

En la otra, Jerry Palmer y Hazel.

Procedió Corrigan, con Long, a colocar encima de las cabezas de los intoxicados provisionalmente, trapos empapados en agua helada.

—Hay que reforzar las ligaduras en las muñecas del capitán, de Palmer y de Gardini. Podrían romperlas, al despertar. ¿Van a tardar mucho en despejarse? —preguntó Corrigan, nervioso.

—Unos cinco minutos.

—Tú eres fuerte y valiente, Frosby, y a nada le tienes miedo.

—El plomo, con una sola onza, acaba con el más decidido. Esta cuadrilla de infernales asesinos nos acribillaría, apenas asomásemos. Debes estar agradecido a la providencia, ya que estás vivo, muchacho. Y no me atosigues más porque yo no soy un idiota temerario.

—Hemos visto cómo mataban a todos nuestros compañeros, Frosby.

—Ha sido horrible, y estoy tan furioso como tú, pero nada pudimos hacer por evitarlo.

—Tenemos que vengarlos, Frosby.

—Sí, pero calla, y aprende a tener paciencia, que te faltan años para conformarte a la realidad. ¿Y cuál es la realidad? Que a bordo es dueño y señor el plomo contenido en una decena de metralletas. ¿Qué estás mirando, demonios de muchacho?

Alzando un poco el borde de la lona atada a la lancha, Mortimer miraba por la rendija.

—Dos han entrado en la cámara. Otros tres están en la portañola de babor. Uno, al timón. Y los otros cinco están en el castillete. No me pueden ver si me dejo deslizar por el costado de borda. Tú me cogerías por los tobillos, y yo así alcanzaré la lucerna del sollado de castigo.

—Te digo que no, y que no. Soy feo y gordo, pero quiero vivir. A callar, y quieto.

En la barra, deshacíase Stork en el tormento de enigmáticas preguntas que no podía contestar, desde que oyera las estruendosas

ráfagas que identificó como procedentes de metralletas.

Pensó que Gardini había decidido hacerse dueño del barco.

También pensó en Hazel. No creía en los flechazos, y, sin embargo, apenas la había visto, sintió algo extraño, inefable.

El mismo flechazo que, según decía su hermano, le había inducido a casarse lo antes posible, apenas vio a la mujer de sus sueños, y que actualmente estaba en maternidad, esperando dar a luz.

Oyó Stork un roce como de un roedor.

Miró hacia la lucerna que filtraba luz y aire en el sollado de castigo.

Le parecía haber visto allí un rostro, un rostro de pesadilla, fantástico, bamboleándose como un péndulo.

Vio unas manos aferrarse a la ojiva, y comprendió, por fin, que era Melvyn Mortimer el que, cabeza abajo, penduleaba en posición difícil porque estaba suspendido por los tobillos.

Restablecióse la normalidad en el semblante del muchacho cuando éste introdujo por la lucerna el flaco busto.

Con esfuerzo, logró resbalar hasta el interior, donde quedó unos instantes arrodillado, resoplando, hasta que pudo decir anhelosamente:

—Soy yo, Stork. Ahora veré... si puedo soltarte... Han matado a todos... unos asesinos que se fingieron náufragos...

—Pronto, chaval. Quítame el cepo. La llave cuelga de aquella mampara. ¿Cuántos son los que han asaltado el barco?

Mientras introducía la llave en la barra-cerrojo que ensartaba los vástagos de las argollas, fue diciendo Mortimer:

—Son diez, y llevan metralletas. Sólo nos hemos salvado Frosby y yo. Una matanza horrible...

Mark Norton fue el primero en reaccionar. Vio a Corrigan en pie tras Spider, sentado junto a la mesa, sobre la que ostensiblemente había colocado su metralleta.

—Usted es Norton, y seguirá con vida, tan pronto me entregue los millones. Para evitarnos perder el tiempo registrando, díganos dónde está el dinero. Apenas lo tenga en mi poder, abandonaré el barco con mis compañeros, y ustedes seguirán su viaje.

Abrió Gardini los enrojecidos ojos, y tosiendo, dominó sus náuseas.

Le interpeló Spider Long:

—Te gané, Gardini. Tú me sacaste las castañas del fuego, y ahora voy a quedarme con los millones. Un buen botín. Será mi último asalto.

—Le haré observar —intervino Norton calmosamente— que nos dirigimos precisamente al lugar donde tengo el dinero. Puede registrar todo el barco, pulgada por pulgada, y verá que se anticipó en su asalto.

—Ya hablará el capitán —dijo Long, levantándose.

Se colocó delante de Javert, al que agarró por la melena, sacudiéndole la cabeza, mientras exigía:

—¡Eh, barbudo, espabílate! ¡Habla pronto! De lo contrario, verás convertirse en una criba a tu preciosa hermana. Una criba lentamente perforada. El primer proyectil en un brazo, y así sucesivamente hasta que me digan dónde tienen los millones.

El pie de Gardini se disparó hacia arriba, y, alcanzado, Long se dobló hacia delante, gimiendo.

Con las atadas muñecas, Gardini propinó un doble puñetazo en la nuca del pistolero inclinado.

Long se abatió de bruces.

Corrigan se abalanzó, en alto su metralleta.

—¡No seas bruto, Corrigan! —gritó Gardini—. Amarra a éste, suéltanos a nosotros, y olvidaré tu mala faena.

Colocando el índice en el gatillo, murmuró Corrigan:

—Se te acabó el mando. Te voy a quitar de en medio...

Hazel Javert, dilatados los ojos, miraba, fascinada, el lento encogimiento del dedo de Corrigan sobre el gatillo.

Ernest Javert se proyectó hacia delante como un búfalo furioso.

Su cabeza chocó contra el estómago de Corrigan, que estaba contemplando fijamente a Gardini.

Bajó Corrigan la culata a la vez que caía, y, aturdido por el culatazo, quedó Javert en el suelo.

—¡Mátalo, Corrigan! —aulló Long, enderezándose lentamente—. ¡Trae acá mi metralleta!

Claros y restallantes, resonaron en cubierta varios disparos.

Spider Long, tambaleándose, dirigióse con Corrigan hacia el portante.

CAPÍTULO IX

Libres las manos, se levantó Stork.

—Quédate aquí, Melvyn.

—Yo voy contigo.

—Funcionaré mejor a solas. Quédate aquí, y cuando te necesite, te llamaré.

Subió Stork las escaleras, asomando la cabeza. Vio las espaldas de tres pistoleros en el castillete de proa.

Mirando en rededor, descubrió los arpones de mano, y eligió uno, que tenía un remate en forma de triple anzuelo.

Y una esferita que era la carga explosiva destinada a estallar cuando el anzuelo penetraba en carne.

Se arrastró sobre codos y rodillas, pasando tras varios barriles, hasta que cogió el arpón explosivo.

Lo tenía ya empuñado, cuando uno de los tres asaltantes se volvió.

—¡Allí, un tipo! —gritó, a la vez que disparaba.

Stork quedó parapetado tras un barril. Voló en astillas el cerco de un barril cercano, desparramándose la grasa que contenía.

—¡Está tras aquellos toneles! ¡Venid vosotros!

Los que se hallaban junto al timonel acudieron, resguardándose tras todos los salientes de la estructura.

Alzóse, de pronto, Stork, arpón en alto, lanzándolo con todas sus fuerzas.

Dos ráfagas de metralleta barrieron el aire donde un segundo antes se erguía.

El pistolero, alcanzado en el centro del pecho, estalló.

Su arma cayó al suelo.

Fue Stork volcando los barriles, que vertieron su aceite por la cubierta. Dos pistoleros resbalaron.

En salto desesperado, se abalanzó Stork sobre uno de ellos,

asiéndole la metralleta, y levantando en vilo a su portador, que se sacudió repetidamente, al recibir en su cuerpo las descargas.

Descargas dirigidas contra el que le empuñaba como parapeto, sirviéndose de la metralleta como izador.

Corrió, amparado por la chapa blindada que rodeaba la base de un cañón arponero, y manipuló la rueda de la culata.

La boca del cañón, al girar, obligó a retroceder a los atacantes.

Apuntó Stork la metralleta hacia el timonel, disparando.

Quedaban siete, contando a Corrigan, que en la toldilla se parapetaba tras una chimenea de ventilación.

Vociferó Spider:

—¡Rodeadle! Id a los cañones... ¡Buddy, las lacrimógenas!

Disparó Stork el cañón.

La lanza del arpón silbó, estridente, yendo a clavarse en el que, agazapado, corría en busca del saco de granadas.

Recurrió Stork a un ardid:

—¡Ey, Frank! ¡Dispara ya el cañón de popa! ¡Rápido! ¡Tú, Jimmy, el de babor!...

En la lancha, Frosby apartó un poco la lona, asida fuertemente en la diestra una cabilla de hierro.

Creyó que Frank, el escocés, y Jimmy, el británico, no había muerto, y estaban ayudando a Stork.

Vio cercano a un pistolero que, arrodillado, apuntaba hacia el cañón tras el cual se parapetaba Stork.

Nadie miraba hacia su lancha. Asomó el busto, y con todas sus fuerzas, se inclinó para caer, a la vez que asestaba el bestial cabillazo.

Con la metralleta en su poder, se arrodilló en el sitio donde yacía el pistolero, roto el cráneo.

Gritó, entusiasmado:

—¡Duro, Stork, a ellos! ¡Soy Frosby!

Empezó a disparar contra los otros dos, que no esperaban aquel ataque por la espalda.

Frosby se hallaba bajo el puente de la toldilla, invisible para Corrigan y Spider.

Una tumultuosa confusión alarmada se adueñó de los pistoleros, que, disparando a ciegas, corrían hacia la cala central.

Cogidos entre los fuegos de Stork y Frosby, se convirtieron en

rotos peles.

Gritó Stork:

—¡Magnífico, Frosby! ¡Ahora por los de toldilla! ¡Quédate donde estás!

Lívido de furor y creciente pánico, ordenó Spider:

—Vete a buscar a la muchacha, Corrigan. Tráela. Nos servirá de escudo.

Stork se deslizó por la escotilla de cala, a popa, recorriendo a toda velocidad el pasadizo interior, hasta salir a la escalera que conducía a las cocinas de toldilla.

Cuando emergía al puente, vio a Corrigan de espaldas, empujando hacia la borda a Hazel Javert aterrorizada.

Si disparaba, podía herirla. Corrigan la mantenía delante de él, pasándole los dos brazos bajo las axilas y forzándola a avanzar.

Con felina rapidez, llegó Stork a espaldas de Corrigan, descargando un culatazo sobre el cráneo del pistolero. Certero y definitivo.

Cayó Corrigan, quedando inerte encima de Hazel.

Al oír el ruido, disparó Long, retrocediendo hacia el otro pasillo.

—¡Dale, Frosby! —gritó Stork.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

Melvyn Mortimer, sentado en el sillín del cañón arponero de estribor, apuntando con lentitud apretó la palanca de disparo.

El largo y pesado arpón atravesó de parte a parte a Spider Long.

—¡Le acerté, le acerté! —exclamó, frenético, el muchacho.

Stork acudió a auxiliar a Hazel, desmayada bajo el peso del cadáver de Corrigan.

La levantó en brazos, llevándola a su cabina, donde la dejó sobre la litera, tras quitarle las ligaduras.

Frosby y Mortimer subían la escalera. El muchacho se tambaleaba bajo el peso de las metralletas que había ido recogiendo.

Precediéndoles, entró Stork en la cámara.

—El barco es suyo de nuevo, capitán Javert, gracias a la valentía de Frosby y Mortimer.

Tendió Javert las manos atadas. Por su nuca resbalaba la sangre. Procedió Stork a desatarle, explicando:

—Frosby y Mortimer me libertaron.

—¿Mi hermana?

—Sana y salva, capitán. Pude llegar a tiempo.

Saltando en pie, exclamó Javert:

—¡Vamos a la deriva!

Y corriendo al exterior, ordenó:

—¡Vosotros dos, valientes! ¡Conmigo!

Salieron tras él, Frosby y Mortimer.

Stork se encaró con Gardini:

—Me jugaste una sucia faena, Gardini, pero, gracias a ella, aquí estoy vivo, y ahora vamos a hablar claro. ¿Por qué me llamaste chivato?

Fue Palmer el que masculló:

—Tú leíste la Prensa.

—Claro que lo leí. ¿Y qué me importa que ayudaseis a fugarse a Norton? Me tiene sin cuidado, pero supongo que me tocarán algunos billetes en el reparto. ¿Qué opina, Norton?

—Indudablemente, se los ha ganado, amigo, ya que su ayuda nos ha sido providencial. Lo que ocurre es que Gardini es propenso a desconfiar de todo el mundo.

—¿Sí? Pues mejor hubiese hecho desconfiando de Corrigan. Te voy a quitar las amarras, Jerry, y tú liberas a Norton y a Gardini. Y en lo sucesivo, Gardini, si quieres que tengamos paz, no me provoques.

Fue Stork a la cabina, donde encontró a Hazel secándose el rostro ante el espejo.

—¿Por qué tantos crímenes y esta matanza, Stork?

—Piraterías.

—Por segunda vez le debo agradecimiento, y ahora con mayor motivo, por cuanto estaba yo a punto de morir.

—Míreme con buenos ojos. Esto es cuanto deseo y pido.

—Lo lamento, ya que si bien le tengo simpatía, no me agrada recibir homenajes de hombres casados.

—Muy bien hecho. ¿A quién se refiere?

—A usted. Oí cómo Gardini aludía a la señora Stork.

—La señora Stork espero que sabrá obsequiarme con un robusto mocetón. Pero el papá es mi hermano Graham, que está en misión comercial por Sudamérica. Yo, por ahora, sigo soltero y sin el menor compromiso.

Los ojos de Hazel Javert se iluminaron, y Stork sintióse satisfecho de su celibato.

—Ha sido horrible todo esto, Stan.

—La aurora disipa la más tétricas de las noches, Hazel.

En cubierta, Javert contempló a los diez cadáveres alineados, que, ayudado por Frosby, había ido arrastrando.

Al timón, Mortimer se sentía muy importante.

Acudían Norton, Palmer y Gardini, mientras Javert iba haciendo nudos corredizos en varias sogas. Dijo gravemente:

—Es ley de mar que sean ahorcados los que asaltan nave.

Poco después, izados por Javert y Frosby, colgaban de las cuerdas centrales los diez muertos.

Expuso Javert:

—Necesitaremos ahora tripulación. Iremos a un poblado esquimal.

—De acuerdo, capitán —asintió Gardini—, pero Stork sabe ya todo lo referente a Norton.

—Pero es de fiar —intervino Palmer—. Y nos salvó el pellejo.

Declaró Norton:

—Formará parte de nuestra asociación.

—Allá ustedes. Pero yo sigo persistiendo en que a mi Stork no me ofrece la menor seguridad, porque...

Atajó duramente Javert:

—¡Cállese! No debería ni hablar, ya que su maldito Corrigan es el principal responsable de que hayan muerto mis tripulantes.

—Me era imposible suponer que...

—Por esta misma razón es el menos calificado para dar opiniones sobre quién es o no es de confianza.

—¿Dónde iremos ahora, capitán? —indagó Norton.

—A un poblado esquimal para poder seguir rumbo a Islandia. Me conocen bien en la tribu de Anekask, y me facilitarán los veinte esquimales que preciso para llegar hasta Reyjavik. Ustedes tres vayan a las máquinas.

En la toldilla, apartó Hazel los ojos del lóbrego espectáculo de los diez ahorcados.

Las recientes emociones contribuyeron a que no retirase su mano cuando quedó aprisionada en la diestra de Stork.

CAPÍTULO X

Al crepúsculo del siguiente día, cuando los esquimales estuvieron a bordo, el *Groenland* remontó al Norte, siguiendo la ruta ballenera.

Anochecido, en la cabina, dijo, de pronto, Norton con tono indiferente:

—No veo la necesidad de ir a Islandia.

—Allí tiene sus ocho millones —replicó Gardini acremente.

—Pero en la mina hay un centenar de millones. Piénselo bien, Gardini, y ya que vamos a costear todavía un par de días, podemos inutilizar al capitán Javert y dirigimos a la mina. Creo que no resultará difícil convencer a Stork para que nos ayude. Los cuatro formaremos un excelente equipo.

—Vamos a pensarlo —admitió Gardini—. ¿Qué te parece, Jerry?

—A mí, ya todo me da igual, desde que en Detroit me convertí en un asesino.

Fue a media tarde siguiente cuando Mortimer, en lo alto del mástil, y hundido en el barril de cofa, surgió de pronto como un muñeco en su caja de sorpresas, gritando, estentóreo:

—¡Ballenas a la vista!

A lo lejos, una mancha oscura, ondeando sobre las olas, aparecía y desaparecía rítmicamente.

En una porción relativamente pequeña del arco del horizonte, eran varias las aún invisibles ballenas que enviaban al aire el agua pulverizada.

Era un golpe de suerte. Las ballenas formaban manada. Debían haber tropezado con un banco de peces, y, en grupo, procedían a saciar sus enormes esófagos.

En la proa del *Groenland*, sobre la plataforma de los dos cañones, se erguían ya las siluetas de los artilleros, aleccionados por Javert.

Desde el timón, anunció triunfalmente Frosby:

—¡Ballena azul, capitán!

Javert empuñó él mismo el cañón, porque no quería exponerse a que un esquimal fallase el tiro.

La ballena azul era la más codiciada, por su mayor cantidad en aceite y grasas, y porque proporcionaba el valioso ámbar.

Enfiló Javert a la primera cuando el dorso brillante y oscuro surgió arqueándose.

A la detonación, el enorme cetáceo se sumergió, pero sobre el mar fue extendiéndose una mancha sanguinolenta.

—¡Va herida! —anunció, jubiloso, Frosby.

Junto a los carretes de hierro, colocados a proa, unos esquimales largaron apresuradamente brazas y brazas de cable, unido al arpón.

El *Groenland* corría ahora a toda máquina, en la dirección que el mismo cable tenso señalaba.

Era el momento que requería mayor pericia, atendiendo la maniobra de timón con rapidez, porque la ballena herida podía deslizarse bajo el casco, y, envolviéndolo en el recio cable, con su prodigiosa fuerza podía hacer zozobrar el barco.

Stork no tomaba parte en la faena. Era escolta permanente de Hazel, que, para presenciar mejor el espectáculo, se acomodó en una de las lanchas.

—Todavía, a instantes, sigo estremeciéndome al recordar aquella matanza, Stan.

—Olvidelo.

—No puedo. Tiene que haber algo misterioso en todo esto, y además, mi hermano está extraño... Y el que está siempre con Gardini, no tiene aspecto de marinero, sino de intelectual enfermizo...

Un esquimal gritó, empavorecido:

—¡Capitán! ¡Atacan!

La exclamación galvanizó a todos. Significaba que varias ballenas acudían juntas hacia el barco, tal vez atraídas por el olor a sangre de la ballena azul malherida.

En la sala de máquinas, al enterarse de lo que podía avecinarse, apremió Gardini:

—¡Vamos a una lancha! ¡Rápido, Norton! ¡Corre, Palmer!

Jerry Palmer se encogió de hombros.

—Yo me quedo aquí, que hace menos frío.

Pero los otros dos ya no le oían, corriendo escaleras arriba.

Echando vaporosos resoplidos, tres ballenas emergían a unos veinte metros de proa.

—¡Arriad lanchas! —ordenó Javert.

Se presentaba el peor peligro para un barco ballenero. Ser triturado entre los coletazos y el peso de las ballenas, en sus evoluciones.

A popa, se formó otro remolino y, de pronto, el barco se elevó como si un puño gigantesco le golpeará bajo la quilla.

Hazel se abrazó a Stork, que soltó ya los garfios que retenían la lancha a ras de agua. Las lanchas que no habían sido aún arriadas fueron proyectadas lejos. Zozobraron varias.

Aferrado a la borda de la lancha zarandeada, y teniendo contra él, en apretado abrazo, a Hazel, no oía Stork más que el pavoroso ruido de las ballenas rodeando el barco. No veía nada.

El *Groenland* escoró de banda, cuando dos ballenas empujaron a la azul. Las otras remolineaban alrededor.

Los remeros esquimales trataban de alejarse, pero la atracción producida por los remolinos les hacía remar sin avanzar. Una lancha vacía salió disparada hacia lo alto, despedazada de un coletazo.

Por espacio de horas no hubo más que hombres enloquecidos, tratando de huir de aquel aluvión de mastodontes del mar que, sin instinto agresivo, sólo con la única fuerza de sus evoluciones, iban causando destrozos.

La noche pasó velozmente porque las zambullidas y corcovas de los cetáceos mantuvieron forcejeando constantemente a todos los náufragos.

El *Groenland* no era ya más que un destrozado madero, roto en porciones y hundiéndose por partes.

Desprendida ya del cable la muerta ballena azul, se alejaron las otras, empujándola entre ellas con la propia corriente de su avance.

Un amanecer gris fue plateando el mar. Divisábanse, a lo lejos, blancas, montañas deslizándose. Los *icebergs*.

Sobre la gris superficie del mar ya encalmado, veíanse los puntos negros de tres lanchas.

En una, iban a la deriva de la fuerte corriente que les empujaba

más hacia el norte, el capitán Javert y cinco esquimales.

En otra, Gardini, Norton, Frosby y Mortimer. En la tercera, Stork y Hazel, que dormía envuelta en mantas.

Javert ostentaba un aspecto sombrío. Su presagio, al ver la gaviota, resultó certero.

Los desastres se habían abatido sobre la nave, que era ahora un montón de restos en la tumba del fondo del mar.

Creía Javert ver, en ello, un castigo a la venta de su conciencia.

Lentamente, iba acercándose la tierra desértica y glacial.

La triple lancha, en formación compacta por los cables tendidos entre ellas, fue rozando los acantilados helados, hasta que, por fin, se inmovilizó entre dos bancos.

Saltaron Javert y los esquimales, uno de los cuales empezó a hablar apresuradamente, dando los demás cabezadas de aprobación.

Miró Javert de soslayo a Norton y, por fin, replicó:

—Es posible, como aseguráis, que este hombre pálido y enfermizo tenga la «kabloon», y no queréis seguir con él, para que no os contagie la mala suerte. Volved a vuestro poblado. Os acompañarán Frosby y mi grumete. Velaréis también por mi hermana, a la cual os encomiendo deis hospitalidad hasta mi regreso.

Con sus cuchillos, fueron cortando los esquimales el casco de una lancha, para ir confeccionándose raquetas y esquís.

Stork se acercó al otro banco, donde estaban reunidos Gardini, Norton y Javert, que manifestaba:

—Dicen los esquimales que usted produce el mal de ojo, Norton. Y por ahora, les doy crédito. ¡Malhaya el día en que me dejé tentar! Me he quedado sin barco y sin tripulación.

—Pronto será resarcido, y con creces, capitán. Yendo hacia el oeste llegaremos a una mina, y conseguiremos un material de poco peso, que supone muchos millones. Usted, que sabe orientarse, podrá llevarnos a la ribera del Kopkoa, donde está la mina de Burnt.

—Encargaré a los esquimales que nos construyan esquís y raquetas.

Hazel interpeló a su hermano:

—¿Qué vamos a hacer, Ernest?

—Irás con los esquimales a su poblado de Anekask, donde me esperarás. Nosotros hemos de ir en busca de otra nave.

—No quiero separarme de ti, Ernest.

—Ahora serías un estorbo, niña.

—¿Por qué he de ir al poblado esquimal? Lo lógico es que busquemos un destacamento de Policía Montada.

—Distan mucho. Obedece, niña. Te acompañarán Frosby y el grumete. Regresaré pronto. Comprobarás que Stork está de acuerdo en que esto es lo más prudente.

—En efecto, Hazel —afirmó Stork, y, alejándose ya Javert, añadió Stork—: Vendré a reunirme contigo lo antes posible, Hazel. Y cuando regresemos al mundo civilizado, te declararé algo muy serio, por si estás dispuesta a compartir...

No tuvo que añadir más. Los ojos femeninos expresaban aceptación.

Frosby, Mortimer y los esquimales partieron hacia el Sur, escoltando a Hazel. Pronto se perdieron en la intensa blancura del horizonte.

CAPÍTULO XI

A solas con Norton, Gardini y el capitán, manifestó Stork:

—No me gusta avanzar a ciegas. ¿Puede saberse por qué no regresamos a un sitio civilizado, y buscamos otra ocasión de hacernos ricos pronto, que es mi mayor ambición?

Javert distribuía las cantimploras y latas de carne. Expuso Norton:

—En la mina de Burnt, de la que es propietario mi suegro Kent Stribling, el mineral que se extrae en abundancia es hierro. Pero se han encontrado vetas de uranio, que se están explotando en el mayor secreto. Cada gramo lo tengo adquirido en un millón. Por lo tanto, nuestra fortuna se halla en Burnt Creek.

—Si es tan fácil apoderarse del uranio ¿para qué nos necesita? —arguyó Stork, y Gardini asintió, dándole la razón.

—Stribling trabaja con su hijo, explotando su propia mina. Adora a su hijo, y, secuestrándolo, estoy cierto que Stribling no titubeará en entregarme el uranio conseguido hasta ahora.

—Si hay uranio —argumentó Gardini—, hay también vigilancia policial.

Intervino secamente Javert:

—Todo esto no me incumbe. Me comprometí a sacar de los Estados a este individuo. He cumplido y quiero el millón prometido. Por lo tanto, lo que se impone es acompañar a Norton hasta el lugar donde escondió su fortuna. Me darán lo mío, y nos separaremos.

—Hay otros dos votos a tener en cuenta —dijo Norton—. Ninguno de nosotros lleva armas, y sólo impera ahora la fuerza primitiva de los puños, de la cual me excluyo. Ustedes dos, Gardini y Stork, opinen. ¿Están de acuerdo conmigo o con el capitán?

—Yo soy jugador —afirmó Gardini—, y casi prefiero diez volando que uno en la mano. ¿Y tú, Stork?

—Hay puntos poco claros. Asaltar una mina es absurdo.

Pretender huir, una vez nos persigan los guerreros rojas, más absurdo todavía.

—Se trata solamente de secuestrar al hijo de Stribling.

—Pero es preciso llegar hasta Burnt Creek.

—No es difícil. Son bien acogidos los blancos que quieran sustituir a los perezosos esquimales en la galería de mineral. Y ahora, comprenderá por qué le necesito. Yo no puedo acercarme a la mina, porque me reconocerían. Gardini corre el mismo riesgo, si le han identificado como el que me facilitó la fuga, cosa más que probable. Por lo tanto, usted, Stork, es el que puede apoderarse del hijo de Stribling. Y lo traería donde nosotros le esperásemos. Hay muchas cabañas de cazadores y peleteros por las riberas del Kopkoa.

Javert avanzó un paso.

—No cuenten conmigo para esta gran hazaña. Usted, Norton, me tiene que pagar lo prometido, y su cómplice Gardini me lo garantizó. ¡No estoy dispuesto a seguir adelante! Usted va a venir conmigo, de buen grado o a la fuerza, pero me va a pagar mi barco hundido y la matanza de mis tripulantes.

Se interpuso Stork:

—¿Quiere escuchar mi proposición, Javert?

—No quiero perder más tiempo en argumentaciones.

—Entonces, me abstengo —dijo Stork—. Yo estoy de acuerdo en ir a la mina. Y si usted, capitán, regresase al poblado esquimal, yo le prometo que...

—¡Cállese! Está alucinado por los millones del uranio, y es ya cómplice de estos dos.

—Nada resolveremos peleando, capitán.

Afirmó, ceñudo, Gardini:

—Usted viene con nosotros o se larga, Javert. Es absurdo discutir. No podemos correr el riesgo de navegar hacia Islandia con esta lancha. Y si no le gusta, olvídense ya de que es capitán de mar. Estamos en tierra, y ahora quien manda soy yo.

Stork se interpuso entre los dos, que parecían dispuestos a atacarse. Dijo secamente:

—Nadie manda aquí, salvo el sentido común. Usted, Javert, no nos puede obligar a meternos en una lancha, ni tampoco tú, Gardini, puedes obligar a Javert a venir con nosotros. La realidad es

ésta, Javert. Si quiere cobrar su participación en la fuga de Norton, ha de seguirnos, y si no, quédese donde quiera, y púdrase. Vamos, Norton, usted es el guía.

Sombriamente, Javert se calzó las raquetas.

Levantóse una cellisca que hacía revolotear copos de nieve, mientras los cuatro, uno tras otro, pugnaban al avanzar contra el ventisquero.

Caminaron todo el día, y al caer la noche llegaron a una choza que servía de alojamiento provisional para tramperos.

Tenía amontonados leños, que hicieron arder en el hoyo central. Comentó Gardini:

—Ni usted ni yo podemos ser vistos por las inmediaciones de la mina, Norton. Y Javert inspiraría sospechas, aparte que no me inspira confianza para este cometido. Por lo tanto, sólo queda Stork.

—Hallaremos alguna otra cabaña donde esperar a Stork. Y para él será fácil atraer al hijo de Stribling con cualquier pretexto. Después, Stribling nos entregará el uranio. Es sencillo.

Al día siguiente, llegaban a una loma, desde la que apercibieron el serpenteo del Kopkoa.

Divisábanse las factorías mineras, las chimeneas, los raíles y vagonetas, las galerías, y todo en rededor, los montículos de mineral despreciado.

Señaló Gardini:

—Allí... Te esperaremos allí, Stork.

No era propiamente una choza, sino un refugio para pescadores de salmón, especie que abundaba en el Kopkoa.

Ondeó Stork la mano, diciendo:

—Pronto estaré con vosotros, acompañando al hijo de Stribling.

Se alejó, ladera abajo. Ya en la cabaña de pescadores, una sonrisa maligna distendió los delgados labios de Norton, al oír la pregunta de Javert:

—¿Y si fracasa Stork?

—No fracasará, ¿verdad, Gardini?

El luchador estaba cogiendo leños, que tiraba al hogar.

De pronto, volviéndose, abatió un leño contra la frente de Javert, que cayó al suelo pesadamente.

Gardini le fue atando y amordazando, lenta y sólidamente.

Vino a sentarse ante Norton, cuando hubo tendido a Javert en

un camastro del compartimiento contiguo. Comentó:

—Era demasiada coincidencia la presencia de Stork a bordo.

—Lo que más me hizo desconfiar fue la prontitud con que se prestó para ir a secuestrar al hijo de Stribling. Otro cualquiera se hubiese negado, ya que mi afirmación de la existencia de uranio en Burnt Creek podía ser un embuste, y sólo me interesase el secuestro. La verdadera existencia del uranio es un secreto. Sólo lo sabemos Stribling, yo... y el Departamento de Seguridad Internacional.

—Lo que me desconcertaba era la razón por la cual no trataba de apresarnos o avisar a la Montada.

—Lo que desea el D.I.S. es saber a quién o a quiénes pienso vender el uranio, por si actúo con cómplices en los Estados. Stork nos facilitará la tarea, que, sin él, habría resultado más complicada. ¿Está seguro que esta noche, mientras Stork dormía, volvió usted a colocar exactamente en el mismo sitio su carnet especial del D.I.S.?

—Segurísimo del todo. Stork está convencido que nos lleva engañados. Confía mucho en su cerebro.

—¿Puedo saber por qué dejó sin sentido a Javert?

—Era ya un estorbo. Ahora me estoy imaginando la escena... Stork llega allá, revela su identidad, invita a venir al hijo de Stribling, y nos traen un paquete convenientemente aislado para evitar la radiactividad, y entonces viene con nosotros hasta que le conduzcamos a los compradores, y hacer el copo completo. Ya sabía yo que Stork no era trigo limpio.

En la mina Burnt, un agente de la Policía Montada escrutó al que entraba en las dependencias destinadas a oficina.

—¿Quién es usted y de dónde viene?

—D.I.S.. Éste es mi carnet. Pueden radiar al puesto central para cerciorarse de quién soy.

Media hora después, Stork era introducido en un despacho, donde Kent Stribling y su hijo Jack le esperaban, ya impuestos de la misión que llevaba. Expuso Stork:

—Usted, Stribling, coloque mineral de hierro en una caja blindada, y aparezca ante ellos, después que su hijo y yo nos hayamos entrevistado con Norton.

—Es peligroso. Norton es un execrable asesino, sin escrúpulos.

—Ahora sólo está alucinado por el uranio. Y, como comprenderá, sabré yo evitar que a ustedes dos les suceda daño

alguno.

—Puede darse cuenta de que no es uranio. Ha hecho estudios sobre este mineral, desde que se casó con mi infortunada hija. ¿Es de tanta importancia averiguar a quién tiene que entregar el uranio?

—Lo es. Existe la sospecha de que se trata de un consorcio norteamericano que, ya en vida de su hija, le ofreció a Norton una fabulosa cantidad si lograba apoderarse del uranio, y localizar exactamente en cuál de sus minas, se hallaba.

—Yo creo, padre, que Stork tiene razón. No hay peligro, por cuanto estará él atento a las posibles reacciones de Norton.

—Las reacciones de Norton no son previsibles, hijo. Su horrendo crimen que hasta para los médicos resultó inexplicable, lo calibré yo como su atroz reacción al negarme a darle participación en los trabajos de esta mina. El D.I.S. me rogó que no hiciera pública esta opinión, y acepté callarme. No quiero verme frente a este desalmado, porque no respondo de mí.

—No será preciso que venga usted personalmente. Lo que quiere Norton es el uranio, y bastará enviar a alguien con la caja.

—Me temo que si se da cuenta de que no es uranio, pueda ejercer alguna violencia sobre mi hijo.

—Lo evitaré —aseguró Stork.

Stribling contempló los anchos hombros y el rostro enérgico del exluchador, y asintió:

—Creo que puedo confiar en su espíritu vigilante y combativo. Pero recuerde sobre todo que Norton es traicionero, y oculta, bajo su aparente indolencia, una sorprendente fuerza nerviosa.

Fuera de la factoría, dijo Stork:

—Ahora, deberé atarle las manos a la espalda, Jack. ¿Confía en mí?

—Plenamente. Y es preferible que vaya yo atado, o, de lo contrario, agarraría por el cuello al asesino de mi hermana.

En la cabaña, acechando tras una ventana, comentó Gardini:

—Ya viene. Este maldito Stork es un buen comediante. Entonces, tal como quedamos, Norton, como Stork vigilará mis movimientos, usted, a la primera ocasión, fingiendo echar leños al fuego, le atiza fuerte con uno de ellos. Nos llevaremos al joven Stribling lejos de aquí. Y el propio Stribling padre nos entregará el uranio donde le

ordenemos.

Poco después, entraba Stork empujando delante de él a Jack Stribling, cuya mirada de odio hacia Norton no tenía nada de fingimiento.

Sonrió Gardini:

—Eres un talento, Stork. Te felicito. ¿Hubo dificultades?

Norton estaba junto al hogar. Cogía leños, que iba arrojando lentamente al fuego.

Replicó Stork:

—¿Por qué iba a haber dificultades? Me basto con enseñar mi carnet. Ya veis qué fácil. Sólo eso. Enseñar mi carnet especial.

Parpadeó Gardini:

—¿Qué carnet?

Norton dejó de arrojar leños al fuego. Especificó Stork:

—Voy a poner mis cartas boca arriba. A mí me enviaron de Detroit para que os siguiera los pasos. Tenía que averiguar lo que se proponía Norton. Y era mi intención proceder a vuestra captura. Pero ignoraba que se trataba de un asunto de cien millones, por lo bajo. Entre nosotros tres representan treinta y tres millones para mí, y nunca en mi vida podría ganar semejante fortunón. O sea que, por última vez, he sido agente de la Seguridad Internacional ante el viejo Stribling, y por esto he podido traer al hijo con tanta facilidad. Ahora, escapemos, y llegaremos donde queramos, puesto que soy agente aún del D.I.S., según consta en mi carnet, y me bastará con mostrarlo, si nos saliese al paso la Policía Montada.

CAPÍTULO XII

Mark Norton soltó el leño, frotándose las manos. Gardini amordazaba al atónito y furioso Stribling.

—¿Qué pasó con Javert? —preguntó Stork.

—Tuve que dejarle fuera de combate. Se ponía molesto. Te felicito de nuevo, Stork, porque me has dejado boquiabierto.

—Estaban en juego treinta y tres millones, amigo. Y que no fallan. Si no me crees, echa una ojeada a esto.

Y Stork sacó del bolsillo superior de su chaquetón el carnet especial, que iba metido en una funda impermeable.

Lo arrojó encima de la mesa. Norton y Gardini fingieron verlo por vez primera. Dijo Norton:

—Indudablemente, su decisión nos resulta de gran utilidad, Stork. Podemos ponernos en camino, sin peligro. Si encontrasen a Javert aquí, lo atribuirán a que usted lo dejó prisionero...

—Un momento —intervino Gardini—. Es mejor que Stork regrese y le diga al viejo Stribling que le entregue el uranio para alucinarle a usted, Norton.

—No. Nuestra proximidad a la mina es peligrosa. El viejo Stribling es testarudo. Ya me lo demostró cierta vez. El plan de Stork es mejor. Nos vamos. Y en sitio más seguro, podré dictarle mi voluntad a Stribling.

—¿Por qué no nos dijiste antes que eras del D.I.S.?

—Quería asegurarme de que era verdad esto del uranio, y de si el viejo Stribling quería tanto a su hijo como pretendía Norton. Ahora ya me he convencido de que mi fortuna está en unir mi suerte a la vuestra. No hay ser humano que se resista a la tentación de treinta y tres millones.

—Cierto —puntualizó Norton, convencido.

Salió de la cabaña, seguido por Gardini.

Stork asió por las cuerdas que ataban las muñecas de Jack

Stribling, y susurró:

—Al mostrar mi carnet en la mina, noté que lo habían sacado de su funda. En la boca de la funda hay un hilo muy tenue. Estaba roto. Por lo tanto, ellos dos ya sabían que yo era del D.I.S.. No lo podía decir a su padre, porque se hubiera negado a que usted viniese. No tema, Jack.

Veinte pasos delante de ellos dos, caminaban juntos Gardini y Norton, deslizándose con sus raquetas por el blanco suelo esponjoso.

—Buen golpe de sorpresa nos reservaba Stork —comentó Gardini.

—Nadie resiste la atracción de los millones.

Avanzó Stork, que empujaba al maniatado Stribling:

—¿Dónde vamos, Norton?

—Al lugar donde dejamos las lanchas. Las necesitaremos. Nos adelantamos, Stork. Descansaremos en la Cabaña donde dormimos.

Media hora después, atravesando un bosque de abetos, Stork se detuvo, paralizado por el estupor.

No quería creer lo que estaba viendo.

Un esquimal apoyaba en su costado una lanza arponera.

Y empuñando una pistola encañonada contra él, Hazel Javert le cerraba el paso.

Duramente, preguntó ella:

—¿Dónde está mi hermano?

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Desde el principio del viaje, noté algo raro. No quise ir al poblado esquimal, y le expliqué a Slobok, este amigo del capitán, que sospechaba de vosotros. Es un buen rastreador, y seguimos desde lejos vuestras huellas. He visto pasar a Gardini y al llamado Stevens. Y ahora, tú, llevando a un hombre atado y amordazado. ¿Dónde está mi hermano? ¡No te muevas!

—Escucha, Hazel... Yo soy agente de la Seguridad Internacional. Resultaría largo de explicar, pero este mismo prisionero aparente, me dará la razón.

Jack Stribling asintió en cabezada, pero ella repitió:

—¿Dónde está mi hermano?

—Quedó en una cabaña de pescadores, cerca de la mina. Gardini le golpeó, estando yo ausente.

El esquimal emitió un gemido repentino, cuando sobre él se abatió la mole forzada de César Gardini.

Norton, surgiendo de detrás de otro árbol, enlazó por la cintura a Hazel.

Le retorció la muñeca del brazo armado hasta que ella dejó caer su pistola.

Se abalanzó Stork para empujar a Norton.

—¡No maltrates a esta muchacha!

Gardini, que había soltado ya al esquimal, tras lanzarlo contra el tronco de un árbol, se agachó para recoger la pistola caída de manos de Hazel.

Norton, al empujón recibido de Stork, retrocedió unos pasos.

Gardini agitó la pistola, diciendo:

—Esta mujer estorba, Stork. No podemos viajar con Stribling y con ella. Lo mejor será quitarla de en medio...

—Baja la herramienta, Gardini. No es preciso matarla. Puede irse a buscar a su hermano.

—Y avisará a la Montada.

—No lo hará, porque le conviene saber que el capitán está acusado de complicidad en la evasión de Norton, y, cuanto más lo aparte de toda cercanía policíaca, más fraterna será. Vete hacia la mina Burnt, Hazel, y en la cabaña de pescadores de salmón encontrarás a tu hermano.

Iba elevándose un lento silbido, de aguda estridencia.

En el suelo, el esquimal Slobok sabía que estaba muriéndose, rota la espina dorsal.

Reptando, murmuró:

—La furia del Ártico acude...

Aclaró Stork:

—Se refiere a la tormenta que se avecina. Sigue mi consejo, Hazel, y vete a decirle a tu hermano que huya lejos, antes que la policía lo aprese. ¡Démonos prisa, Norton, antes de que la tormenta nos coja por el camino!

Una repentina ráfaga de viento, primer embate de la tormenta, arrojó a Hazel contra Stork.

Mark Norton abatió con todas sus fuerzas el palo que le servía para facilitar su avance con las raquetas, sobre el cráneo de Stork, que se desplomó sin sentido.

CAPÍTULO XIII

Apremió Norton:

—¡Atalo!

Gardini, arrodillado, iba rodeando las muñecas de Stork con las correas de las raquetas. Preguntó:

—¿Qué ocurre ahora?

Norton corría tras Stribling, que intentaba huir.

Con nerviosa fuerza, lo condujo junto a la horrorizada Hazel, enlazando prietamente a ambos por las muñecas.

—Stork pretendía engañarnos de nuevo. Cuando ella apareció, declaró él que era del D.I.S.. Stribling hubiese denegado, si no estuviese de acuerdo con Stork. Y en cambio, asintió vigorosamente con la cabeza. La tormenta va a arreciar. Regresaremos al punto de partida.

—¿Para qué?

—Nos vamos a jugar el todo por el todo. Si el viejo Stribling no acude con el uranio, mataré a su hijo. Hazte cargo de Stork, y llévalo hacia la cabaña. Yo me cuido de estos dos. Apresúrate.

Inclinados los cuerpos para vencer el viento creciente, fueron avanzando.

Aún semiinconsciente, Stork avanzaba a tropezones, empujado por Gardini.

Pistola en mano, afirmó Norton:

—Caminen sin resistencias, o mataré al primero que remolonee.

Todo el horizonte era un blanco sudario con remolinos de nieve, que el viento hacía gemir en locos torbellinos.

Pronto se divisó la cinta azul del Kopkoa. Instantes después, Gardini aseguraba contra el tronco de uno de los tabiques a los tres prisioneros.

Después de comprobar que Javert seguía sólidamente atado al camastro, Norton fue a arrojar leños al fuego del gran hoyo-hogar

que pronto despidió grandes llamaradas.

Fuera, el ventisquero arreciaba, llenando de lúgubres gemidos todos los contornos helados.

Stork contempló, sin el menor rencor, la mirada angustiada que le dirigía Hazel.

Dejando la pistola sobre la mesa, dijo Norton:

—Tú, Stork, vas a ir a visitar al viejo Stribling. No, por favor, no lo digas, Gardini... No digas que estoy loco. Irá Stork y, si regresa con policías o pretende un nuevo engaño, sabrá que con ello habrá firmado la muerte de Hazel y Jack. Si tienes miedo, estás aún a tiempo de huir, Gardini, y esperarme en Reyjavik, donde te entregaré la mitad de los ocho millones.

—Aquí estoy, aquí me quedo. Adelante, Norton.

—Te garantizo que el sentimiento paternal de Stribling esta vez no fallará, y por otra parte, el sentimiento amoroso que vislumbro claramente en Stork hacia Hazel, le hará comprender que no podría vivir con la conciencia de ser el autor indirecto de la muerte de Hazel.

—¿Y si Kent Stribling se niega? Puedes estar seguro de que entonces volverá Stork armado y con otros polizontes, rodeando esta choza, de la que no podremos escapar. Además, dejarle libre a él es sumamente peligroso. Es capaz de no ir siquiera a ver a Stribling, sino intentar quitarnos de en medio a los dos, y lo lograría.

—No hay fuerza bruta que valga ahora, Gardini. Desata a Stork.

—Yo no lo desato. Tú no le has visto luchar. Es un energúmeno.

—Aplacará su furor combativo el saber que la primera intentona de violencia, supondrá un cargador de plomo incrustándose en el hermoso cuerpo de su amada Hazel.

—Reflexiona, Norton, antes de decidir. Es jugar con pólvora.

—En esta gran partida hay como puesta en juego cien millones. Y esta pistola impone su ley. ¿Qué opinas, Stork?

—¡Para ti el uranio y los millones! Por lo que de mí depende, no quiero ser responsable de más muertes. Pero cuando regrese con Stribling, a mí, ¿quién me garantiza que tú no acabarás igualmente con nosotros?

—Olvida tu proyecto, Norton. Este tipo volverá a intentar engañarnos. Yo iré a la mina. Puedo correr este riesgo, porque la

vida de Jack garantiza la mía.

—Si vas, la Montada te seguirá los pasos.

—Pero yo no quiero exponerme a que Stork quede libre...

Una violenta ráfaga de viento hizo crujir el marco de una ventana, cuyas bisagras cedieron.

Por la abierta cristalera entró una bocanada furiosa del viento.

Entre los silbidos de la tormenta, se oyó un estridente aullido de muerte.

César Gardini trataba de empuñar en su pecho el mango de la lanza arponera, cuyo tridente se había clavado, vibrante, en su cuerpo.

Slobok, el esquimal, en los estertores de agonía, había ido reptando, siguiéndoles las huellas.

Ahora, en su póstumo gesto vital, volvía a caer muerto, después de erguirse para, en último esfuerzo vengativo, lanzar su arma contra el causante de su muerte.

Gardini dio un traspié, tambaleándose. Hazel cerró los ojos, estremecida de horror.

Perdiendo el equilibrio, Gardini cayó de bruces en el hoyo de fuego. Un denso olor a carne quemada invadió la cabaña.

Lívido, temblándole los maxilares, Norton se puso en pie, preso de un ataque de nervios.

La brutal y repentina muerte de Gardini producía en su cerebro una conmoción.

Su pistola fue apuntando sucesivamente a los tres prisioneros. Relucían sus pupilas enloquecidas.

Distendióse repentinamente Stork, que quedó suspendido por los brazos doblados hacia atrás de sus ligaduras contra la argolla.

Sus piernas dibujaron en el aire un golpe en tijera.

Alcanzado en el estómago y pecho, Norton cayó hacia atrás. La pistola saltó por los aires.

Fue a caer junto a la hoguera que desparramaba su calor surgiendo del hoyo central.

Pugió Stork por liberarse, pero, pese a toda su musculatura, le era imposible destrabarse. Con el pie, pegó un punterazo a un escabel cercano, dirigiéndolo hacia Norton.

El taburete rústico pasó rozando la cabeza del demente.

Las contorsiones a que Stork sometía su cuerpo dieron por fin

resultado. Sintió cómo su brazo izquierdo quedaba menos apretado, y persistió frenéticamente en su forcejeo.

La mano de Norton rozaba ya la pistola, cuando Stork quedó libre.

En salto furioso, cayó sobre sus espaldas para introducirle los dos brazos bajo los sobacos, y levantarlo en vilo, apoyadas las manos en la nuca de Norton.

Miró en rededor, viendo en un tabique rollos de bramante de pesca. Mantuvo preso a Norton con un brazo, y con los bramantes formó una lazada, que pasó bajo las axilas del asesino, ajustándolos en nudo doble y en largo remate.

Subió sobre una mesa, arrojando el final del trenzado de bramantes alrededor de una traviesa del techo. Fue anudando.

Mark Norton quedó suspendido sobre la fogata.

Fue Stork a desatar a Hazel.

—Vete al lado de tu hermano. Sufre remordimientos. Es humano que sucumbiera a la oferta de un millón. Dile que, si no quiere convertirse en un proscrito, yo lo arreglaré. Vete, y espera en el cuarto del lado.

Asintió ella en silencio, y su mirada expresaba cuánto sentía. Desapareció en la habitación contigua.

Quitó Stork las ligaduras y mordazas de Jack Stribling. Recomendó:

—Si tiene el estómago sensible, espere fuera.

Se acercó Stork al suspendido Norton, que encogía las piernas porque percibía en las plantas de los pies la lamedura del fuego.

—Óyeme bien, Norton. Eres un canalla que asesinó a dos seres inocentes, sacrificándolos a tu loca ambición. Necesito saber cuál era el consorcio que iba a pagarte los cien millones por el uranio. Hasta ahora he sabido dominar mis deseos de hacerte trizas. Se acabaron las contemplaciones. ¿Qué consorcio iba a pagarte?

Norton negó con violentas sacudidas de cabeza.

Stork cogió de la pared un cuchillo que servía a los pescadores para desescamar el pescado.

—Vas a decirme lo que quiero saber..., ¿no? Ten presente que me inspiras sentimientos de verdugo refinado y sádico. Iré cortando, uno por uno, los bramantes, después, un tendón tuyo, luego, otro bramante, para seguir con un dedo tuyo... hasta que lo

poco que quede de ti caiga en el infierno que tienes bajo los pies.

—No..., no harás tal atrocidad... —balbució Norton, sudoroso.

—Lo mismo habría dicho el niño, si hubiese podido hablar.

Ahora estás muy lúcido. ¿Hablas?

Volvió a denegar Norton, mirando atemorizado hacia abajo.

Stork subió a la mesa. Su cuchillo se acercó a la torcida de bramantes, unos centímetros más arriba del cabello de Norton.

Segó un bramante, y una sacudida hizo descender unos milímetros a Norton que aulló:

—¡Demonio asesino torturador!

—Eso eres tú. Y vas a ir donde te corresponde.

Asestó Stork otro tajo.

A los oídos de Norton, el crujido de los bramantes al ir cediendo bajo su peso, sonaban a estrepitosas cuerdas de violín vibrando en fúnebres arpeggios.

Una llamarada crepitó bajo sus pies, y la torcida cedió, lanzando Norton un feroz alarido de terror.

Perdió el sentido, sin darse cuenta que, enlazándole, impidió Stork que cayese en la fogata.

Lo dejó en el suelo, cerca del hoyo de la hoguera.

Rechinando de dientes, echando espuma sanguinolenta por la boca, Norton empezó a delirar.

Murmuró atroces amenazas, frases sin coherencia, y por fin, silabeó:

—... Vosotros me tenéis que ayudar, ahora que estoy a merced de este verdugo... Es muy cómodo pagar desde vuestros despachos de Road Circle. Bien sabías lo difícil que era este asunto, John Margens...

Y siguió divagando incesantemente, removiéndose en el suelo, retenido por la diestra de Stork.

Stribling, que había presenciado la escena, aclaró:

—John Margens es un banquero, con oficinas en el Road Circle de Detroit.

—Bien. Mi tarea terminó. Me llevaré a este individuo, y usted me hará un favor. Declarará que, gracias al capitán Javert, que me ayudó, pudimos salvarnos.

—Así lo haré. Ahora voy a reunirme con mi viejo, que estará inquieto.

Terminaba Stork de atar a Norton, cuando entró Javert.

Apoyándose en los hombros de su hermana, indagó Javert:

—¿Por qué tanto empeño en salvarme?

—Bastante ha sufrido usted, Javert, sabiéndose, en parte, culpable de la muerte de los tripulantes del *Groenland*. Si no hubiese llevado a bordo a Norton, no habrían asaltado el barco. Pero yo sé que tratará de vengar dichas muertes.

—¿Cómo?

—Primero, declarando que oyó a Norton afirmar que el jefe de la conspiración para el robo del uranio era John Margens, de Detroit.

—Cuenta con ello. Pero es poco.

—Entre en el D.I.S.. Hacen falta hombres como usted. Su primer paso es sencillo, y también la mejor prueba de que confío en usted. Llévase a Norton, y entréguelo en el puesto de la Montada de la mina. Y... se entrega también prisionero usted.

—De acuerdo. Así lo haré.

—Sin ninguna otra iniciativa como, por ejemplo, tomarse justicia por su mano contra Norton. También yo he sabido aguantarme el deseo de triturarlo.

—Nos veremos en Detroit, niña. Tú irás allá... porque hemos conocido a un hombre digno de tal calificativo. Hasta pronto, Stork.

Salió, llevándose al hombro a Norton.

En la cabaña, a solas con Stork, dijo ella:

—Has sido muy generoso con mi hermano.

—Tal vez lo hubiera sido menos, de no haber tenido él una hermana tan preciosa. Quédate aquí, esperándome.

—¿Dónde vas?

—Tengo confianza en tu hermano, pero, por si acaso, prefiero cerciorarme de que cumplirá.

Entre los torbellinos de nieve y los silbidos del viento, siguió Stork los pasos lejanos de Javert con su carga humana.

Y cuando le vio entrar en la dependencia de la mina custodiada por los guerreras rojas, regresó a la cabaña.

No habló, porque los brazos de Hazel Javert rodearon su cuello.

Era una llave de lucha muy cariñosa.

Y los labios femeninos le producían una tibieza mucho más eficaz que el resplandor de las pavesas de la hoguera.

Stan Stork había ganado el mejor combate de su existencia. Y aquel último asalto era un prodigio de delicias.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

